

C o n t e n i d o

| | |
|--|----|
| Nosotras, las mujeres migrantes | |
| Colectivo Desde el Margen..... | 5 |
| Nosotras, las mujeres migrantes | |
| Antonela Iza, Jessica Tonato, Tránsito Casnanzuela y Gissela Iza..... | 6 |
| Co-investigación genealógica e histórica en compañía: un esfuerzo de devolvernos a la palabra propia, la memoria colectiva y la historia de nuestros pueblos | |
| Mujeres de Frente | |
| Andrea Aguirre, Typhaine Léon y Lisset Coba..... | 10 |
| La albañilería es oficio de migrantes | |
| María Guamán..... | 12 |
| Las causas de la transformación del trabajo y la calidad de la alimentación en Tabacundo | |
| Marisol Zambrano..... | 14 |
| Ganarse la vida entre la producción y la reproducción, entre el mandato de feminidad y la autonomía, entre la ciudad y el campo. Experiencias y estrategias de tres generaciones de mujeres originarias de Olmedo | |
| Heidy Mieles..... | 18 |
| ¡Cómo no voy a valer! El dolor de una mujer | |
| <i>Apuntes sobre el diálogo con Eva</i> | |
| Luz-Esperanza Suntaxi y Lisset Coba..... | 21 |
| Una niña sin sombra | |
| Paulina Murillo..... | 24 |
| Alma herida | |
| Paulina Murillo..... | 26 |
| Experiencias y resiliencias del acompañamiento colectivo a las compañeras de Mujeres de Frente en la escritura sobre las violencias | |
| Sonidos de la Memoria | |
| Camila Muñoz, Ro Ortega Vásquez, Ximena Cabrera y Diana Barragán..... | 27 |
| Aguantar ¡ya no es natural! | |
| Karima Zoubaidi y Dennis Jiménez..... | 28 |
| Sanando juntas | |
| Alames | |
| Emily W. Salamea y Xavier Maldonado..... | 32 |
| Mujer, salud y educación | |
| Tania Simba..... | 33 |
| Salud Mental y Pandemia | |
| Pilar Quintana, Verónica Villalovos y Paola Narváez..... | 36 |
| Hilo del laberinto sin fin | |
| Rosa Guallan..... | 40 |
| Nombrar juntas lo evasivo: sistema de salud, fuerza pública, y sistema carcelario como racismos de Estado | |
| Re-existencias Cimarrunas | |
| Nancy Burneo Salazar..... | 43 |
| Violencia obstétrica a madres adolescentes de bajos recursos y racializadas | |
| Yolanda Martínez..... | 44 |
| Violencia racista a vendedoras ambulantes | |
| Mayra Tobar..... | 45 |
| Racismo en las cárceles del Ecuador | |
| Soledad Santillán..... | 47 |
| Viva | |
| Juliet Gamboa..... | 49 |

E D I T O R I A L

Mujeres de Frente somos las *otras*. Siempre en la frontera de la ley patriarcal, racista y capitalista que castiga a la gente pobre como nosotras. Desarraigadas históricamente de nuestras montañas, selvas, ríos, mares, manglares y memorias, somos aquellas que fueron arrojadas al sol inclemente, al ruido del tráfico y su humo negro, a la indolencia de las calles de esta ciudad colonial y blanqueada, en donde nos rompemos la espalda para alimentar a nuestras hijas e hijos. Somos indígenas, afrodescendientes, mestizas, cholos, longas, extranjeras expulsadas de sus países de origen, hijas ilegítimas, mujeres dignas que luchamos en contra de la fragmentación y construimos nuestra comunidad propia. Construimos con los pueblos dignos, despreciados para una parte de la sociedad civil, criminalizadas por el estado punitivo en su afán de representarnos en el empresariado mafioso.

En el año 2021, al menos doscientos diecinueve personas murieron en tres masacres en los complejos penitenciarios del Ecuador, la mayoría eran jóvenes y habían cometido delitos de pobreza. Nosotras somos parte del tumulto de madres, hijas, hermanas, amigas, esposas que intentaban recuperar sus cuerpos, frente a la desolación nos acompañamos colectivamente en el duelo. Tememos por la vida de nuestros encarcelados, pero nuestros corazones se detienen al mirar a nuestros pequeños y pequeñas condenadas a heredar la violencia estructural que les quita educación, salud, oportunidades de una vida buena. Son nuestros y nuestras jóvenes sin estudio ni trabajo a quienes se les imponen castigos, disciplina, ley, a quienes se encamina a la prisión como futuro posible. Nos preguntamos: ¿Por qué para nuestros muertos no hay luto nacional?

Nuestra sangre justifica la institucionalización de un sistema opresor, la apología de la violencia estatal como necesidad securitaria que encauza el miedo y estimula el odio hacia quienes somos de colores, dibujadas sin rostro, como peligrosas y anónimas. Solo así es posible aceptar el horror de la tortura y de la crueldad de las muertes de quienes no son reconocidos como humanidad digna de vivir; sólo así se entiende la complicidad social ante la arremetida de las fuerzas del orden ciudadano en los barrios, en las plazas, la celebración de colonias penitenciarias y nuestro posible exterminio.

Renegamos de la épica masculinista de la narcoguerra que nos construye como el enemigo interno, chivo expiatorio de la violencia capitalista, mientras oculta la producción masiva de pobreza. Nosotras tenemos rostros, tenemos historias, pasados dignos, somos herederas de nuestras mamas, de abuelas que huyeron del concertaje, las plantaciones y el derecho de pernada que nos engendró bastardas. Invisibles ante los ojos de movimientos sociales de los pueblos dignos que no logran reconocerse a sí mismos en nuestros rostros, aprendemos a mirarnos y recuperamos nuestras memorias colectivas para sanar y proponer nuestra política mientras hilvanamos nuestros afectos.

¿De dónde venimos? ¿Dónde empiezan nuestras historias? ¿Desde cuándo? Estas preguntas son el punto de partida de este número de nuestra revista. Investigamos desde

la carne propia para mirarnos y escucharnos entre nosotras y en nuestras diferencias, para reconocernos más allá de la emergencia de nuestras vidas atezadas. A lo largo de seis meses, nos reunimos quincenalmente, hicimos de *La Casa de las Mujeres* nuestro territorio, compartimos anhelos de investigación colaborativa, co-investigación, auto-investigación, y construimos conocimiento común con organizaciones y personas queridas. Así, hurgamos en los archivos de nuestras redes familiares, entrevistamos a compañeras, vecinas, gente cercana, dibujamos nuestros árboles genealógicos, anotamos en nuestros diarios de campo, leímos y escuchamos a investigadores e investigadoras comprometidas.

Estrechamos vínculos interorganizativos de pensamiento y cooperación. Nos dejamos acompañar por quienes reconocen la importancia de nuestros saberes desprestigiados. Junto con las compañeras de *Desde el Margen* investigamos sobre nuestras maternidades precarizadas, sobre las redes de cuidado que tejemos en medio de la migración a España, sobre la organización global de los cuidados. Como *Mujeres de Frente* nos preguntamos por nuestras genealogías, acerca de los campos de los que venimos, los trabajos volátiles e ilegalizados que hacemos. Aprendimos sobre nuestras expulsiones a las grandes ciudades capitales y al extranjero, analizamos las expulsiones de compañeras de otros países y nos dimos cuenta de que coincidimos en nuestras existencias partidas por la explotación, el racismo, la nostalgia, el machismo de estado. Hilamos nuestra memoria acuchillada por la historia colonial capitalista y la violencia misógina que la complementa y que sistemáticamente intenta borrar nuestras aspiraciones. Con las compañeras de *Sonidos de la Memoria* buscamos comprender para desnormalizar la violencia cotidiana sobre nosotras, tratamos de entender su rol y su funcionamiento para el mantenimiento del orden jerárquico patriarcal. A partir de nuestra situación de trabajadoras autónomas, perseguidas por la policía en calles, plazas y en nuestros propios barrios, junto con Emily W. Salamea y Xavier Maldonado, insistimos en investigar sobre nuestra salud en este contexto de opresión por pandemia, en que las condiciones de explotación y desigualdad nos atacan con mayor fuerza. Con *Re-Existencias Cimarrunas* reflexionamos sobre el racismo, sobre cómo el estado punitivo se reproduce en todas las aristas de nuestras vidas, en los hospitales, en las calles, en las cárceles.

Lejos de responder a nuestras interrogantes, el inmenso esfuerzo que hemos realizado este año, nos ha permitido colectivizar preguntas y encaminar búsquedas. La revista representa al tejido social abigarrado que somos y que alumbramos nuestras estrategias de re-existencia, en la perpetua combinación de lo aprendido de nuestras ancestras y la invención de nuevas formas de sobrevivir y acuerparnos las unas a las otras.

Tenemos con nosotras la insurrección y la lucidez. Sabemos que somos la cara anversa de la ciudadanía notable, pero sabemos también que en medio del castigo y el estigma, tenemos el coraje de sostener la vida. Pese al desgarramiento de nuestras comunidades, luchamos para recuperar nuestra historia. Lejos de la política oficial construimos sentidos comunes, apegados a tramas colectivas en donde cabemos todas. Tenemos la fuerza creativa del afán de sobrevivencia y de la vida en paz.

Mujeres de Frente

Nosotras, las mujeres migrantes

Colectivo Desde el Margen

Este proceso de investigación conjunta se construyó mediante las voces y reflexiones de mujeres pertenecientes a un mismo tejido familiar. El trabajo colectivo inició a partir de la identificación de un dolor, algo que nos molestaba, algo que nos hacía sentir mal en torno al cuidado y la maternidad. Pudimos reconocer que muchos dolores estaban relacionados con ausencias, abandonos, falta de, por ejemplo, empleo, salud, educación; la ausencia de familiares y seres queridos, etc.

Sin embargo, también pudimos identificar que todas estas ausencias no eran necesariamente nuestra responsabilidad o nuestra culpa, sino que existían estructuras más grandes que nos habían quitado la posibilidad de vivir dignamente. De igual manera, pudimos reconocer que, frente a estas carencias, habíamos construido formas de agencia cotidiana para sobrevivir.

Es así como nos propusimos un plan de acción, para poder comprender estas estructuras grandes y nuestras pequeñas pero potentes formas de hacerles frente. Elaboramos entrevistas, leímos crónicas, reconstruimos nuestras historias de vida, revisamos fotografías. Finalmente, decidimos centrarnos en el estudio de los procesos migratorios y el cuidado familiar, pues vimos que, tanto los cuidados como la migración, eran experiencias que atravesaban la vida de todas las mujeres que construimos esta investigación.

Pensamos los cuidados como un entramado de actividades y afectos que aparecen en la vida de las mujeres mucho antes de ser madres. De igual forma, pensamos la migración como un proceso que no inicia el día que migramos y termina el día que regresamos (si es que regresamos), sino que marca nuestras vidas y la de nuestros hijos y familias para siempre. De esta manera, hemos podido problematizar los procesos de migración interna y externa de mujeres, y su relación directa con el cuidado.

Para poder reconstruir nuestros procesos migratorios, utilizamos la cartografía, la genealogía y la cronología, formas de organizar las trayectorias, acciones y vínculos que nos permitieron sostener la vida en medio de las ausencias. El resultado de este trabajo es este pequeño artículo, que nos invita a seguir reflexionando sobre los cuidados y las fronteras.



Foto: Alisson Cadena. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.

Nosotras, las mujeres migrantes

Gissela Iza, Tránsito Casnanzuela, Antonela Iza y Jessica Tonato

¿Me voy? ¿Me quedo? Lamentablemente, para nosotras, las mujeres migrantes, ésta no es una elección. Nos tocó irnos; nos tocó dejar a nuestras hijas e hijos, a nuestras familias, nuestra vida en nuestros territorios. Los malos gobiernos nos obligaron a partir, rompieron nuestro tejido familiar. Nos negaron la posibilidad de un trabajo digno, con seguro social, sin explotación. Nos forzaron a llevar nuestro trabajo de cuidado a otro continente, a un lugar ajeno, con personas y prácticas desconocidas. Todo allá era nuevo para nosotras, como nuevo era criar a nuestras hijas e hijos a través de una carta o una llamada telefónica. En esas calles, nos miraban raro, éramos las “otras”, encarnábamos la diferencia en nuestros cuerpos, y eso nos dolía. No fue fácil, fue duro, hubo mucho dolor. Y después de muchos años, volvimos. Nos tocó reconstruir lo que la migración separó. Eso costó, dolió, pero aquí estamos. Seguimos caminando.

Gissela Iza

Nosotras, las mujeres migrantes - jóvenes, niñas y adultas - asumimos el cuidado de terceras personas, ya que sus familias no disponen del tiempo necesario para cuidar a un adulto mayor. Éstas demandan el trabajo de las mujeres migrantes para el cuidado y los quehaceres domésticos. A pesar del apoyo que les brindamos, ganarse la confianza en otros países es muy complicado. Por el mismo hecho de ser migrantes, nos juzgan sin conocernos.

Antes de migrar, nos toca planificar quién cuidará de nuestros hijos, hermanos, padres, abuelos. Lo lógico sería que todos los integrantes de la familia se responsabilicen del cuidado de ésta pero al partir, nos damos cuenta de que no ocurre así, ya que siempre hay alguien en la familia que tendrá que dejar su vida a un lado para cuidar de los demás, con el fin de que algún día ellos puedan hacer lo mismo si alguien llegara a necesitarlo.

Yo soy Gissela Iza, tengo treinta y tres años. Tuve que ver a mis padres partir a España con tan solo doce años. A mi corta edad, asumí el cuidado de mis tres hermanas —siendo yo la segunda— con el apoyo de mi tía materna. Así pasé tres años. A los quince años retomé los estudios, pero sin dejar de lado el cuidado de mis hermanas, en especial de la menor, ni los quehaceres de la casa.

Pasó el tiempo y con dieciocho años fui madre soltera de una niña: Naomi Iza. La cuidé hasta el año y medio. Fue muy duro porque estaba sola y en el Ecuador no encontraba trabajo por ser muy joven y sin experiencia. Fue entonces cuando mi madre, desde su trabajo, pudo obtener un contrato para que yo pudiera migrar a España. Así que tuve que dejar a mi hija, con solo un año y dos meses, al cuidado de mi hermana Silvia Iza. Mi partida fue muy triste porque yo no sabía qué me esperaba en España.



Mujeres y fronteras. Archivo personal de Gissela Iza. España, 29 de Enero de 2009.

Pocas horas después de mi llegada, ya estaba trabajando, sin conocer nada ni a nadie. Durante los seis años de migración trabajé en labores de limpieza, como mesera, como cuidadora de adultos mayores. A mi regreso, me hice cargo de mi hija que ya tenía seis años y, sin saber nada de ella, tuve que empezar de cero. Eso me costó más lágrimas que las que derramé en España, porque para ella, yo no era nadie. Tuve que acudir a psicólogos que me ayudaron mucho. Gracias a ese apoyo y a mi deseo de verla feliz, pudimos romper esa barrera que se había formado seis años atrás, cuando nos separamos. Ahora ella tiene catorce años, es mi vida entera y se siente amada.

Tránsito Casnanzuela

El gobierno tuvo mucha responsabilidad en que nos viéramos obligadas a salir del país. No gobernaron bien. Cuando llegó la dolarización y se congeló el dinero, las cosas se pusieron carísimas y todo el mundo tuvo que salir a las Europas. Pero no todos pudieron y, aunque querían, unos murieron o se quedaron aquí intentando salir adelante.

Cuando se llega a España, hay varios trabajos que nos toca hacer a nosotros, los migrantes. Algunos conseguimos buenos trabajos, pero no todos. A la mayoría le toca trabajos duros, como a las mujeres internas. Yo fui empleada doméstica durante un año y es un trabajo durísimo. De domingo a domingo, tocaba limpiar cuatro pisos, cuidar de la jefa, cocinar... hacer todo. ¡No tenía descanso! Así estuve todo un año, hasta que logré conseguir otro trabajo. Pero hay mujeres que pasan toda su vida haciendo ese trabajo. Conozco compañeras que han trabajado durante diez años y terminan mal, estresadas, enfermas.

Muchas personas se aprovechaban de la situación de los migrantes. Como conocían nuestra situación, querían abusar y cobrarnos hasta por un vaso de agua.

Ahora vemos cómo otra vez la gente tiene que salir del país, nuevamente por culpa de los malos gobernantes. Nadie quiere salir así, dejando a sus familias, perderse la vida de sus hijos o hijas, su crecimiento. Si pudiéramos elegir, elegiríamos quedarnos aquí.

El gobierno siempre nos miente y nos engaña. En la campaña prometieron que todos los jóvenes iban a poder estudiar, y ahora vemos que no, que igual toca pagar y no todos pueden permitírselo. A nosotros, como padres, nos toca apoyar a nuestros hijos para que entren a la universidad, y eso no debería ser así.

Deberíamos ayudarnos entre todos y no dejarnos engañar por el gobierno. ¡Sí podemos organizarnos en los barrios! No pensemos solo en nuestro bienestar.



Dejar mi país. Archivo personal de Tránsito Casnanzuela. Quito, 14 de Octubre de 2002.

Antonela Iza

Nosotras, las migrantes que viajamos a España para reencontrarnos con nuestra familia, tuvimos que vivir en una sociedad diferente, con un idioma diferente y costumbres distintas. Nosotras, junto con otros migrantes, sufrimos en carne propia el racismo y la discriminación.

En este contexto, muchas de nosotras tuvimos que asumir el trabajo de cuidados en un país diferente. Por ejemplo, algunas trabajamos cuidando niños, enfermos, adultos mayores, y otras mujeres se dedicaban al

trabajo doméstico. Estos trabajos implican mucho esfuerzo, paciencia y disciplina, y casi nunca son valorados, ni bien pagados. Además, es muy difícil conseguir un seguro social para estas actividades. Gran parte del sueldo que recibimos los migrantes, debemos enviarlo a nuestro país de origen, para que nuestras familias puedan sobrevivir.

Por una parte, muchas mujeres migrantes tienen que dejar a sus hijos a cargo de otros familiares, mientras ellas desempeñan el trabajo de cuidado en otras familias. Muchas de nosotras hemos cuidado niños mucho antes de ser madres, debido a nuestras necesidades económicas. Es decir, dedicamos el mismo esfuerzo a los hijos ajenos que a los nuestros, porque creemos que el cuidado de los niños es importante, porque son el futuro de nuestras comunidades y familias.

Por otra parte, los hombres migrantes se dedican a la construcción, al servicio en bares y restaurantes. En países como España, existe una división del trabajo por la que los migrantes terminamos haciendo las labores más duras y peor valoradas. A veces, incluso nos vemos obligadas a cumplir dobles jornadas para pagar nuestras deudas, ayudar económicamente a nuestras familias y sobrevivir en un país extranjero.

Por esta razón, nosotras creemos que migrar es un derecho y que nuestro trabajo como migrantes es necesario y esencial, no solo para nosotras y nuestras familias, sino para sostener la vida globalmente.



Día de la madre en España. Archivo personal de Antonela Iza. España, 16 de Mayo de 2009.

Jessica Tonato

Soy hija, no solo de una mujer migrante, sino de miles de mujeres que, a lo largo de la historia, han tenido que migrar en busca de oportunidades para cambiar sus condiciones de vida, mejorar su economía, salud, educación; mujeres que intentan conseguir todo lo que el Estado les ha negado: condiciones dignas de vida. Pero es necesario explicar que migrar no solo es cruzar una frontera, significa mucho más: dejar tu lugar de origen, separarte de tus familiares; abandonar el entorno en el que una creció, en el que compartió y vivió. Después, al llegar a la ciudad, ¿qué pasa si no hay quien te acoja, quien te brinde la ayuda para empezar en un lugar totalmente nuevo? Hay que buscar un lugar donde vivir, un trabajo y, lo más relevante, saber cómo ubicarse en la ciudad.

Pues bien, poco a poco se va conociendo y aprendiendo de este nuevo entorno. Sin embargo, los propósitos de una mejor vida se ven empañados, ya que conseguir trabajo no es tan fácil. Como mujeres migrantes, nos enfrentamos a una sociedad completamente distinta a la nuestra, en la cual somos víctimas de discriminación. De tal forma que las únicas oportunidades laborales que nos ofrecen son de empleadas domésticas, ayudantes de pequeños negocios, trabajos de la construcción, venta ambulante, jardinería. Al no poder acceder a un trabajo formal, nos vemos obligadas a buscar oportunidades en el comercio informal, que termina convirtiéndose en nuestro único medio de subsistencia. Además, nuestras ganancias económicas no son solo para nuestro diario vivir. En muchas ocasiones, enviamos dinero a nuestras familias, para hacerles saber que estamos bien, que contamos con un medio económico, y para suplir alguna necesidad.

En realidad, es muy difícil vivir en medio de la migración. Las mujeres somos quienes sostenemos el cuidado, creamos maneras de mantenernos cerca de nuestros padres, hijos y demás familiares, y allí es cuando nacen formas para poder comunicarnos, ya sea por medio de visitas, cartas o llamadas telefónicas. Cuando nuestros hijos se quedan solos en casa, intentamos crear formas seguras de vida, en las que, como mujer, madre, hermana, etc., damos algunas recomendaciones, como el no salir de casa, no confiar en personas extrañas, que al terminar de preparar la comida apaguen la válvula, y tantos otros mecanismos que intentan que ese lazo de madre e hijos permanezca en casa, a pesar de nuestra ausencia.

Hay que resaltar lo importante que han sido siempre los cuidados, no solo a hijos, sino también a familiares con discapacidad o con algún padecimiento médico. Además, el trabajo arduo que realizamos como mujeres migrantes es fundamental en las familias. Después de una larga jornada de trabajo, aún siguen siendo mujeres quienes sin descanso atienden las necesidades de sus familiares. El trabajo compartido está fuera de la realidad de muchas: el padre trabaja, pero no ayuda en casa, porque como mujeres lo seguimos permitiendo. Entonces, ¡debemos actuar! Desde nuestros hogares, desde nuestro valor propio, donde la división del trabajo, de los cuidados, sea por igual. Y, en caso de ser madres solteras, debemos organizarnos para, entre nosotras, crear fuentes de trabajo, de acogida, de diversión, centros infantiles, comedores comunitarios, casas de apoyo psicológico, educativo, médico; donde seamos las mujeres quienes cuidemos y atendamos las necesidades de nuestros hijos y familiares, quienes busquemos la mejora para la comunidad y brindemos nuestro apoyo a quien lo requiera.



Las fronteras de la vida. Ilustración: Jessica Tonato. Quito, 2021.

Co-investigación genealógica e histórica en compañía: un esfuerzo de devolvernos a la palabra propia, la memoria colectiva y la historia de nuestros pueblos

Mujeres de Frente

Andrea Aguirre, Typhaine Léon y Lisset Coba

Mujeres de Frente somos una organización quiteña integrada por mujeres excarceladas, familiares de personas en prisión, comerciantes autónomas de la calle, recicladoras de residuos urbanos, trabajadoras remuneradas a destajo, estudiantes y profesoras; mujeres diversas y desiguales entre nosotras. Para una organización como la nuestra, un problema fundamental es el de la destrucción cotidiana de los hilos que tejen las comunidades urbanas: las familias ampliadas, los barrios, las plazas de trabajo compartido a pie de calle... desde afuera y desde adentro.

Desde afuera, los tejidos sociales urbanos populares son desgarrados por el estado punitivo que declara ilegítimas a las personas que ha expulsado de la ciudadanía plena. Agentes de policía corretean a las comerciantes, capturan a las trabajadoras señaladas como ilegales, desalojan de las plazas y quebradas a los sin techo; jueces y abogados lucran de la búsqueda de justicia tanto como de las familias de los presos. Las frágiles comunidades urbanas son violentadas desde afuera por grandes empresarios que lucran de la venta al menudeo de sus productos industriales y del abaratamiento de los productos de las trabajadoras autónomas, con las que libran una lucha desigual, una lucha entre establecimientos blanqueados y productos callejeros de color; por empresarios mafiosos que lucran de la venta al menudeo de drogas ilegales que son de ellos y de otros negocios que, para generar ganancia, deben cultivar en muchos jóvenes racializados la disposición a la crueldad. Desde afuera de nuestras comunidades, cada gesto ciudadano que destila desconfianza racista, cada demanda de más Seguridad Ciudadana, lastima los tejidos sociales populares. ¿Por qué contra nosotras y los nuestros?

Desde adentro, hilos del tejido social son rotos por hombres que pretenden reafirmar su masculinidad violentando a las mujeres, los niños, las niñas y las adolescentes, humillados por su incapacidad de cumplir el mandato patriarcal de ser trabajadores proveedores. Hebras de tejido comunitario son lastimadas por personas adultas que luchan por recomponer el orden social, guiando a golpes a la infancia por un buen camino que les está negado por las desigualdades. Fibras de nuestras comunidades urbanas son rotas por la confrontación entre vecinas, que buscan encontrar responsables inmediatos de sus pérdidas y caídas violentas; por trabajadoras que disputan esquinas de comercio callejero en una ciudad sitiada por las fuerzas del orden ciudadano. ¿Cómo llegamos aquí?

¿Por qué contra nosotras y los nuestros? ¿Cómo llegamos aquí? Son preguntas que emergen de tejidos sociales urbanos que se nos estallan en un punto, al tiempo que intentamos recoserlos en otro. Preguntas que expresan la fragilidad de las comunidades urbanas, el desarraigo. Y son preguntas establecidas en lo más profundo de cada una, cuestiones inconmensurables para cada una. Es por eso que son interrogantes que necesitan del trabajo de indagación de cada una de las que pensamos en común. Y es por eso que el esfuerzo es reconstruir la memoria de cada una, la de todas, y devolvernos una a una, juntas, a la historia de los pueblos de los que venimos, sus despojos, sus migraciones estratégicas, sus resistencias creadoras, que son las nuestras. Necesitamos situarnos en la historia de nuestros pueblos como condición para recomponer arraigos entrañables, memorias comunales, tejido social.

El proyecto de co-investigación en compañía que proponemos se desarrolla en dos sentidos: genealógico e histórico. En el sentido genealógico, preguntamos a las ancestras de cada una y a sus pueblos: ¿De dónde venimos? ¿Cómo llegamos aquí? Y en el sentido histórico, preguntamos a quienes se han preocupado por reconstruir las historias de los pueblos: ¿Qué ocurrió allí, en los territorios de los que venimos? Nosotras, cada una, todas, nos encontramos en la convergencia de las memorias ancestrales y las historias de los pueblos.

Devolvernos a nuestras ancestras, a nuevos pueblos, a la historia, es una necesidad que nació de la vida puesta en emergencia, de la violencia estructurada desde afuera, del desarraigo que corroe la potencia de lo común. Necesitamos comprender cómo las cuchillas de las élites cortaron y siguen desgarrando los hilos de nuestras tramas, y precisamos devolvernos a los caminos de nuestros pueblos. Necesitamos traer al tiempo presente y a la consciencia las memorias ancestrales, nuestras historias, las que en nuestros talleres trazaron sobre el papel árboles genealógicos que nos permitieron volver a ver a nuestra gente, nuestros pueblos, sus violencias de larga data, sus expulsiones y migraciones, sus labores, su trabajo de reproducción de nosotros mismos, sus afectos, esperanzas y resistencias. Recordamos entrañablemente que nuestras raíces no solo se hunden en la ciudad sino que se extienden a diferentes localidades del país a las que nos vamos devolviendo, no con voluntad de retorno sino para continuar nuestro camino juntas y con los nuestros. Nos encontramos en el acaparamiento de las tierras y la modernización de la agricultura, en las expropiaciones y migraciones forzadas, en el racismo urbano que al borrar nuestras memorias nos debilita, en las múltiples labores y ritmos del campo, de la familia extensa, de la norma social comunitaria orientadora. Volvimos a mirar al nosotras que conformamos con nuestras ancestras y nuestros pueblos que, generosos, nos ofrecen hebras vivas para fortalecer nuestra urdimbre. Aprendemos a nombrar y honrar lo que nos ha mantenido de pie.

Hoy sabemos que Mujeres de Frente somos una colectividad de raigambre indígena en la mayoría de los casos no recordada y de ascendencia afro, atrapadas en la trampa del mestizaje como proyecto siempre trunco de blanqueamiento. Avanzamos en la comprensión de las dinámicas propias del capitalismo patriarcal y colonial que desgarran los tejidos sociales, restituyendo la responsabilidad a las élites depredadoras. Y seguimos trabajando para devolvernos a nuestras ancestras, a las memorias comunitarias, a la historia de los pueblos.

María, Marisol, Heidi, Luz-Esperanza y Paulina comparten en esta revista esfuerzos de indagación y escritura generados en este primer ciclo de talleres de co-investigación genealógica e histórica en compañía, que como organización, emprendemos para contribuir en la búsqueda colectiva de claves de recomposición de comunidades urbanas cada vez más sólidas.



Ilustración: paO viteri.dávila. Quito, 2021.

La albañilería es oficio de migrantes

María Guamán

Somos gente del campo obligada a buscar trabajo temporal en la ciudad

Yo vengo a Quito desde San Francisco de Macaji, una comunidad cerca de Riobamba, allá en la provincia de Chimborazo. Vengo de padre albañil y madre agricultora y empleada doméstica. Vivimos en nuestro terreno en la comunidad, y cuando conseguimos trabajo remunerado, vamos a la ciudad.

Nuestra tierra no nos ha podido dar para sembrar, cultivar y sacar a la venta, porque la comunidad es seca. No tenemos agua de regadío y la tierra no es negra, es pedregosa. Lo que sembramos y cosechamos es para nosotros. Igual, la cosecha del capulí de cada año es para nosotros. En la venta de animales, nosotros mismos podemos comprar, criar y vender cada vez que allá hay las ventas libres, pero nuestra tierra no da para producir y vender nada más.

Donde nosotros vivimos, no es un lugar apto para trabajar en la agricultura, porque hay que caminar bastante para llegar hasta las haciendas. En todo ese sector, donde antes había haciendas, ya no queda ninguna. Hay poca gente que siga trabajando en las haciendas. Por eso tenemos que ir a la ciudad, para buscar trabajo de albañilería y lavandería.

Trabajamos desde la infancia y en varias labores a la vez para completar un modesto ingreso familiar

Mi padre fue criado con sus abuelos y tenía que ayudar en diferentes actividades, como la crianza de animales, porque la venta de los animales que criaban era parte importante en su economía. Al terminar la escuela, tuvo que dedicarse a diferentes oficios, como la albañilería, que aprendió a corta edad.

Mi mamá, de soltera, se dedicaba a los quehaceres de la casa, ayudaba en la tierra de su familia y trabajaba de empleada doméstica. Pero cuando se casó con mi papá, tuvo que dedicarse a la casa y completaba el jornal de mi papá, buscando ropa para lavar en casas, en la ciudad de Riobamba.

En la comunidad no contábamos con agua y se tenía que cocinar en leña. Los niños y niñas nos dedicábamos a las actividades que nos encargaban, como llevar a pastar los animales, recoger hierba y leña. Todo eso, para que no nos pegaran.

Mi familia trabajó fuera de la casa desde que cada uno iba terminando la escuela. Los jóvenes, que ya tenían más uso de razón, iban a Riobamba y después a Quito, a trabajar de albañiles. Las jóvenes salían también a trabajar en casa ajena, en Riobamba o en Quito. A nosotros, mi mamá nos dio el estudio, pero cuando ya no tuvo más posibilidades, nos tocó salir a trabajar. Mis hermanos salieron a trabajar con personas que ya tenían conocimiento de la construcción. Ellos salieron a corta edad, empezando como oficiales. Siempre fue necesaria la mano de obra y eso es lo que ofrecían ellos.

Cuando nosotros nacimos, mi papá venía a Quito a trabajar. Venía con las amistades a la construcción, a hacer cimientos, que es la preparación de columnas para así continuar con más pisos, o tenía que hacer los acabados de las construcciones. Mi madre nunca migró, se quedaba en la casa cuidando de nosotras, nos mandaba a la escuela y se iba a trabajar en las lavadas.

Mi mamá iba a lavar donde personas que ella conocía. En ese tiempo, cuando yo nací, en 1983, ella era una niña y había bastante trabajo de lavandera de casa en la ciudad de Riobamba. A ella le permitían llevarnos cuando éramos pequeños, por eso a nosotras nos llevaba a cuidar a mi otra hermana cuando éramos niñas y jugábamos. Yo entretenía a mi hermana mientras mi mamá lavaba la ropa. Cuando ya acababa de lavar, se alzaba del trabajo, iba comprando cualquier cosa para la casa y nos llevaba algo a nosotras también, que nos cuidaba desde niñas.

La albañilería, como el trabajo doméstico, es un oficio heredado generación tras generación

Yo vengo de abuelo, padre, tíos y hermanos albañiles, quienes todavía siguen con el oficio. Al ser mis padres personas de pocos recursos, no pudieron proporcionarnos más educación que la escuela, y por eso los hombres de la familia no cuentan con experiencia laboral en otro oficio. Lo mismo ocurre con las mujeres y el servicio doméstico. Nosotras tampoco pudimos acceder a muchos estudios y, desde muy jóvenes, nos mandaban a trabajar a casas, donde hemos ido adquiriendo la experiencia laboral de la limpieza. Por ejemplo, yo solo terminé hasta cuarto grado, así que desde los doce años me mandaban a trabajar en casa ajena.

La albañilería se hereda de generación en generación, porque las personas que ya han trabajado en ese oficio tienen su conocimiento y enseñan a los jóvenes. A veces, por falta de estudio y por no tener preparación, no queda otro remedio que aprender a ser oficiales, para, con el tiempo, llegar a ser maestros. El maestro necesita de su oficio para la economía de su hogar, para dar bienestar a la familia, cuando ya tienen una familia que mantener.

De muchacho, mi padre tuvo que salir a trabajar de albañil. Fue el oficio que aprendió con las personas de su familia que le formaron y le enseñaron los conocimientos de la construcción. Mis hermanos también tuvieron que ser albañiles, y con la experiencia que dan los años de profesión, llegaron a ser maestros.

La albañilería, como otros oficios de migrantes, se aprende andando y haciendo

De muchacho, mi papá empezó de oficial, es decir, tenía que hacer trabajos que le mandaban los maestros. El maestro es quien tiene más conocimiento de construcción. El oficial comienza haciendo las tareas que le ordena el maestro, y con el paso del tiempo y el empeño que ponga en aprender, va adquiriendo conocimientos de albañilería, hasta que alcanza el nivel del maestro, que es el que más sabe de construcción.

Cuando nosotros nacimos, mi papá salía de Riobamba a Quito, cuando las amistades le ofrecían trabajar en construcciones grandes. Cuando terminaba, regresaba a Riobamba a ver a la familia. Los albañiles venían de la ciudad de Riobamba a Quito a trabajar en construcciones grandes. Ahí era cuando las mujeres de los maestros también tenían que trabajar en el cuidado de las construcciones. A las personas que desempeñaban este trabajo se les conocía como “guachimanes”. Los maestros trabajaban en las construcciones grandes y las mujeres quedaban al cuidado de la familia y de las construcciones. En la misma obra, trabajaban, vivían y cuidaban.

Es así como tienen que migrar los albañiles de San Francisco de Macaji en busca de trabajo. Cuando ya se termina el trabajo y entregan las obras, buscan otro trabajo, pues aspiran a ascender aquí en Quito, para seguir trabajando en obras grandes.

Las mujeres también sabemos de construcción

Yo también sé de construcción. Ya de muchacha, me hice de compromiso. Cuando nos conocimos, el papá de mis hijos ya tenía un poco de conocimiento de albañilería.

Su abuelita le había dado un terreno a la mamá de él y ahí es donde nosotros decidimos hacer unas mediaguas, para pasarnos a vivir, porque mi hijo estaba a punto de nacer.

En ese momento yo no tenía conocimiento de construcción, pero él sí sabía lo que era la albañilería, porque sabía trabajar con un familiar suyo. Entonces, construyendo nuestra mediagua, llegué a aprender el oficio de albañilería. Y conseguimos hacer la casa en la ciudad de Quito. Aquí aprendí todo lo que se necesita para construir un lugar en el que vivir.

Los y las migrantes de las comunidades llevamos el campo con nosotros a la ciudad

Yo tengo algo heredado del campo. Lo que mis padres nos han enseñado desde niños lo hemos aprendido viéndolos hacer. Se cuándo y cómo hay que sembrar, cultivar y cosechar. Y conozco cómo criar animales.

Lo que la gente del campo hacemos sobre nuestros terrenos en la ciudad, no es para sacar a la venta, sino para nuestra propia alimentación. Es ahí donde volvemos a tener todos esos pequeños detalles, a aplicar, aquí en la ciudad, lo que aprendimos en la comunidad.

No tengo terreno ni nada, pero siembro en un terreno que me prestan. Lo que yo siembro es maíz, papa y cebolla. Por eso, lo que siembro y cosecho, ya no necesito comprarlo en el mercado.

Además, sigo en contacto con mi tierra, con mi mamá y con mis hermanos, porque voy de viaje cuando estoy en posibilidades. Llego a la casa de mi madre o voy donde mis hermanos, que se quedaron a vivir allá y es entonces cuando nos reunimos.



Mi madre. Foto: María Guamán. San Francisco de Macají, Riobamba, 2021.

Las causas de la transformación del trabajo y la calidad de la alimentación en Tabacundo

Marisol Zambrano

La transformación del trabajo y la calidad de la alimentación son problemas que existen hoy en día en cada familia de nuestro país.

Hace un poco más de un siglo, en la época de mis bisabuelos, la agricultura era una forma de alimentarse nutritivamente y la manera de vivir era distinta. Los habitantes de Tabacundo se dedicaban a trabajar solo en la agricultura, en territorios propios, arrendados y en haciendas cercanas. Si los trabajadores no tenían sus propios terrenos, buscaban vecinos para dividir mitad por mitad el trabajo, sobre un solo terreno. Con el esfuerzo y la dedicación que cada uno ponía, se obtenían semillas como el trigo, la cebada, el maíz, frijol, etc. Con esto, los hombres y las mujeres se dedicaban a producir más semillas para el trabajo y el consumo diario de cada familia. También utilizaban los animales para trabajar en la agricultura, como las *yuntas*, que realizaban todo el movimiento de la tierra, como el guachar, el alzamiento de camas para la siembra del maíz.

Sin embargo, desde entonces, la mayoría de la gente se trasladaba a las ciudades para poder vender sus productos y obtener sus monedas o, si no, hacían el intercambio de productos, más conocido como el *trueque*. Mi abuelo trabajaba en una hacienda, como su padre. Él siempre tenía que viajar a pie, cargando el producto. A veces, con sus hijos cargaban hasta Quito, y luego nuevamente emprendían el retorno. Un solo viaje de ida les tomaba alrededor de tres días. Principalmente, iban a Quito y, de vez en cuando, a Otavalo. Una vez que llegaban a Quito, vendían su producto y regresaban con monedas, o hacían intercambio con otro producto, como el maíz o la cebolla, que en Tabacundo no se producía. A veces, entre familias cercanas hacían trueque de granos por animales.

La mayoría de las mujeres se dedicaban a la crianza de animales, como el ganado, las ovejas, los chivos, los chanchos, cuyes, conejos, gallinas, etc. Tenían un lugar central, ya que eran quienes debían preparar los alimentos, como las habas cocinadas, habas calpo, frijol con tostado, cebada de maíz, sopa de cebada, sopa de trigo, etc. Con todo esto, ellas tenían un lugar, ellas obtenían una alimentación balanceada y saludable para toda su familia. También ocupaban un lugar fundamental en la crianza y la educación de sus hijos. En este tiempo, todas las casas eran de adobe, tejas y carrizos. Así, las familias antiguas tenían una manera distinta de vivir y alimentarse.

Luego llegaron los buses. A nosotras se nos fueron acabando nuestros terrenos, propios o arrendados, y también las haciendas. Hace unos veinte o veintidós años, en la generación de mi mamá, se crearon las florícolas y ella tuvo que ir a trabajar ahí. Otros dueños se apoderaron de las tierras. Llegó desde las ciudades gente adinerada a comprar terrenos. Y ya un poco antes del año 2000, la mayoría de los jóvenes se dedicó a trabajar, porque el trabajo era remunerado y ya no se tenía que hacer trueques, porque el dinero les alcanzaba. Ya no sembraban en cantidad. También se dedicaron a la construcción porque las personas que trabajaban en las florícolas ya no vivían en casas de adobe, carrizos o tejas. Iban modernizando sus casas con bloques, ladrillos, cemento, varillas o tablonés. Todo se fue modernizando. Dejaron de utilizar la yunta, porque se creó el tractor, que tiene la *guacha*, la rachadora. Con la máquina, a todos se les paga a la hora, mientras que antes se tenía que pagar la yunta, que siempre se prestaba a cambio de algo. Pero recuerdo que fue un paso hacia el total fracaso. Antes utilizaban los sures, y cuentan que con uno o dos sures les alcanzaba para pan, naranjas, de todo. Y que cuando llegó el 2000, con el dólar todo se volvió complicado. En ese momento, ya todo el mundo se dedicó a trabajar. Por falta de dinero, los hombres y mujeres llegaron a trabajar.

En la actualidad, la manera de vivir es muy distinta. En los terrenos ya no cultivan, sino que se ponen sus casas. Los terrenos ya no se heredan. O se dividen, o se venden. Nosotros ya no estamos aplicando la agricultura. Nos vamos a trabajar, nos graduamos de muchas cosas. Son nuestros abuelos o a veces nuestros padres quienes tal vez siembran para comer.

El trabajo ya es más esforzado. La gente de antes tenía que hacer su parte de trabajo, se sacaba el aire. Pero la gente de ahora está muy explotada. Hay empresas donde dicen: “de tal a tal hora vamos a trabajar”, pero no tienen un pago justo. Trabajan, cumplen horas extras, y no les pagan.

Es nuestra realidad como jóvenes. Escogemos otras alternativas para que no nos falte el pan de cada día y muchos eligen la construcción, como mi pareja, cuando dice: “sabes qué, me voy para tres meses”. Y durante tres meses no sé nada de él, solo nos vemos por videollamada, no sé si tiene para comer o no tiene, si está bien o no lo está. Él, por sacar este dinero, no está junto a nosotros. Para sobrevivir no puede permanecer a mi lado, con su familia. Él también sale a vender, sea lo que sea, sale de vendedor ambulante. Hay que hacerlo para comer.

Yo, como vendedora ambulante, si no me va bien, si solo saco unos cinco dólares, comemos lo que me alcance con eso. Por ejemplo, un arroz con una ensalada y nada más. A veces no se come plato lleno, tenemos que reducir las porciones para comer y sobrevivir todos los días.

Los hombres y las mujeres se dedican a las florícolas, a la construcción, trabajan como vendedores ambulantes, etc. El tema de la alimentación depende del trabajo que cada uno tenga. Si una persona gana más, podrá comer lo que se le antoje, pero si una persona gana menos, comerá lo que le alcance. El trabajo y la alimentación van de mal en peor. Nuestro país se va destruyendo cada día más y más.





Nuestras rutas, nuestras luchas. Autoras-participantes en este encuentro: Paulina Murillo, Marisol Zambrano, Heidy Mielles, María Guamán, paO viteri.d



Ávila, Belén Santillán y Andrea Zambrano Rojas. Diseño de imagen: Andrea Zambrano Rojas. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.

Ganarse la vida entre la producción y la reproducción, entre el mandato de feminidad y la autonomía, entre la ciudad y el campo. Experiencias y estrategias de tres generaciones de mujeres originarias de Olmedo

Heidy Mieles

MI familia es originaria de Olmedo, un cantón de la provincia de Manabí. Somos una familia muy extensa, endogámica y con gran memoria familiar. Desde mi tatarabuela, y muy probablemente desde mis ancestras más lejanas hasta mi abuela, vivieron y desarrollaron sus actividades vitales en el campo. Mi mamá siempre ha vivido del campo y de la ciudad: pasó en el campo toda su infancia y parte de su adolescencia, sin embargo, al no haber colegios en Olmedo, terminó migrando a la capital de Manabí. Luego se casó con mi papá y migraron nuevamente, ahora a una ciudad más grande, Quito. Los movimientos que realizaron mis padres me llevaron a alejarme, casi por completo, del campo y a desarrollar mi vida en la ciudad. Pese a ello, mantengo un vínculo muy fuerte con mi tierra natal.

Los recorridos de las mujeres de mi familia, sus formas de hacer, los trabajos que han realizado, los conocimientos que esas trayectorias les han dado, se expresan hoy en mi profunda inquietud por entender los espacios que ocupó, a la vez que me obligan a pensar y a enfrentarme al rumbo que las mujeres de mi vida siguieron y me encaminaron a seguir.

Iniciamos la investigación pensando ¿qué hacemos?, ¿cómo nos ganamos la vida y de dónde venimos?

Cuando hablamos de las formas de ganarnos la vida, pensamos en trabajos productivos, en trabajos que generan los recursos económicos que nos permitan garantizar las necesidades básicas; sin embargo, históricamente, hemos apartado la mirada de los trabajos reproductivos y les hemos restado valor. Pero ¿por qué no miramos los trabajos reproductivos? Porque son los trabajos que sostienen la vida, que permiten que la humanidad viva más allá de toda crisis. Cocinar, limpiar, criar y educar a las niñas, niños, acompañar emocionalmente, entre otros. Y los hemos asumido como trabajos consustanciales a lo femenino, por los que no se nos paga y que debemos hacer por imposición, buscando siempre la perfección.

Las mujeres hemos tenido un lugar en la sociedad que se nos ha asignado, que ha determinado nuestras formas de actuar: los trabajos a los que debemos aspirar, los ideales de felicidad que debemos alcanzar;

sin embargo, todo el tiempo estamos poniendo en cuestión esta asignación. ¿Por qué? Ese es para mí el mandato de ser mujer. En Olmedo, y más particularmente en la historia de mi familia, ese mandato está muy asociado a los cuidados, cuidar de las y los hijos, cuidar de los espacios donde se desarrolla la vida, como cuidar la casa, los campos para la agricultura, y cuidar los espacios sociales que van más allá de la familia, como el barrio, o el mismo pueblo, que en mi caso es Olmedo.

Sin embargo, estos cuidados cambian de acuerdo con el lugar donde los proporcionamos y con el tiempo histórico en el que fueron hechos. Mi vida familiar va y viene entre Olmedo y Quito. Olmedo es, hoy en día, un Cantón bastante pequeño; sus calles son de tierra y ripio, tiene vegetación por cualquier lugar que mire, un río que lo recorre entero, sin importar el tiempo que pase. Siempre tiene el particular olor de la mezcla de vegetación, el olor a leña quemada que emanan los hornos, donde aún hoy se cocina, el olor a estiércol de vacas y caballos que nos dice que Olmedo es un pueblo de agricultores. Ahora ya hay alcantarillado, agua potable y luz eléctrica, pero hace unos dieciséis años, no había servicios básicos.

La vida de mi abuelita y parte de la vida de mi madre, se recorre en un Olmedo mucho más pequeño, completamente de tierra, sin ningún servicio básico como hoy nos los imaginamos, pero sin privación de agua, luz o fuego. Esto hizo que los cuidados fueran diferentes, que tuviesen otras estrategias de hacer posible la vida; como conservar alimentos, cuando no existía ni la luz eléctrica ni tampoco había electrodomésticos, aprendiendo a salar y ahumar las carnes. Tenían una relación respetuosa con los ciclos agrícolas, aprendiendo y creando un sinfín de recetas con el mismo producto. Como no había donde conservar las carnes, el consumo de estos productos servía de pretexto para unir a las familias y vecinos, asegurando así un contacto entre ellos, pese a la distancia y falta de transportes.

En el caso de la agricultura, mi abuelita también participada de esta actividad y lo hacía desde varios lugares: por una parte, tenía que pensar en lo que

consideramos más estrictamente como cuidado: la limpieza, la alimentación de quienes realizaban las actividades agrícolas, las formas de que la comida llegue caliente, evitar que se riegue usando hojas de plátano a modo de contenedores de comida. Por otra parte, hay que tomar en cuenta que mi abuelita, como el resto de mujeres de mi familia, se encargaban, entonces y ahora, del cuidado de los animales y participaban de las actividades agrícolas, propiamente dichas. Las mujeres llevan a pastar a las vacas, alimentan a los animales de corral, como las gallinas o los patos, están pendientes de las crías de estos animales, de los huevos de las gallinas, cuidando siempre de los huertos, de las eras, como se conocen a los huertos en Olmedo, que aseguraban, en gran parte, el sustento cotidiano.

Pero mi abuelita también crió a mi madre, en esa parte que es solo femenina: la de enseñar a las otras a *ser mujeres*. Ya sea en el campo o en la ciudad, las mujeres de mi familia han dedicado su esfuerzo a criar a las mejores mujeres posibles. Mujeres tranquilas, recatadas, sumisas, que saben hacer perfectamente todo lo doméstico, que están listas para casarse, que sabrán cuidar de sus hijas e hijos, pero que también sabrán crear formas para que sus familias, sus círculos cercanos estén bien y sean felices. Y esto implica aprender a organizar y transmitir una serie de conocimientos, aprender a distribuir lo que se tiene en la casa, asignar los lugares de tránsito, repartir los recursos, para vivir de la mejor manera posible. Sostener eso a lo que todos aspiran: Un hogar.

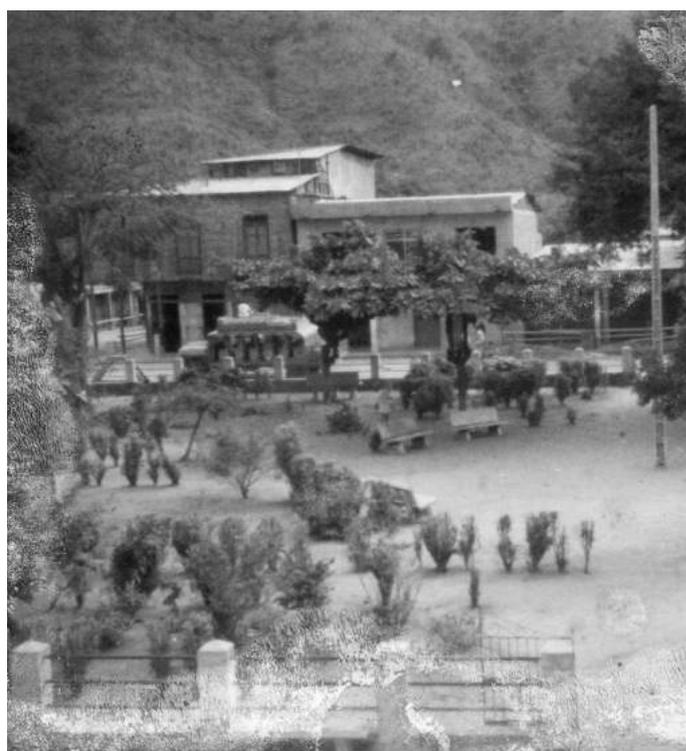
Sin embargo, y pese a todas las formas y estrategias que veo en mi familia, en los relatos de mis compañeras de investigación, el mandato de la feminidad, ese *deber ser mujer* opacan y no el mundo en femenino. Sé que el mandato de la feminidad permite que la lógica del mercado organice la vida, pero sé también que es ahí donde las mujeres vamos generando organización, en esa lucha constante por expresar la incomodidad que sentimos, por disputar nuevos espacios.

Olmedo no tenía colegio, solo escuela, pero mi abuelita envió a mi madre a una ciudad más grande, para que pudiera aspirar a una educación universitaria. Ella la motivó y le exigió estudiar. Esto cambió, no solo la vida de mi madre, sino también la mía. De alguna manera, nos privó del campo y sus formas de hacer, para darnos nuevas herramientas, porque esto abría la posibilidad de contemplar otras maneras de vivir, aunque ella también quisiera que me case y forme una familia. Pero está la opción de imaginar otros mundos posibles, otros espacios para mi mamá.

Mi mami, primero migró a otra ciudad en Manabí para estudiar en el colegio y en la universidad, aunque por cuestiones políticas, no la pudo terminar. Luego cuando se casó tuvo que migrar a Quito, lugar de residencia de mi padre. Mi mamá, lejos del campo y en una ciudad ajena, cultural y geográficamente diferente, logró afianzarse y construir para sí misma y para nosotros la mejor vida posible.

Tuvo que dejar el trabajo en el campo para dedicarse de lleno a lo que conocemos como *trabajos femeninos*. Sostuvo todos los espacios domésticos de mi familia nuclear y en familia montamos un negocio de comida. En momentos de crisis, fueron los conocimientos que mi abuela transfirió a mi madre los que nos permitieron generar alternativas materiales de vida. Además, siempre fue mi mami quien pensaba en los grandes detalles de la vida, como satisfacer las necesidades afectivas de nuestra familia, paseos, gustos, entre otras. Y realmente, cuando escribo, éste es el lugar que más me ha costado entender: la ciudad y sus dinámicas, el lugar que ocupamos las mujeres, los espacios que transitamos. Aún no sé cómo nombrarlo, pero en las formas de cuidar de mi madre y de mi abuela, veo mucha autonomía, veo que el mandato no es simplista, que no solo es el cuidado capitalista-patriarcal, sino es un cuidado que va emergiendo en las acciones de las mujeres y nos va creando posibilidades a todas.

La cotidianidad de las mujeres de mi familia en Olmedo, Archivo personal de Heidi Mieleles. En orden de aparición de las fotos: Olmedo, 1974, 1980, 1980, 1984, 1986.



Por cuestiones de salud, mi mamá y mi papá regresaron a vivir a Olmedo hace casi cinco años, y yo me quedé con mis hermanos. Este alejarme de mis padres me dio autonomía económica, y sin embargo las formas de crianza que las mujeres de mi vida pusieron en mí, a la vez truncan y fortalecen mi independencia humana. ¿Por qué? No tengo respuestas. Porque, de alguna manera, sé que mi mamá lucha para que yo encuentre mi autonomía, me impulsa a estudiar, a manejar mis recursos económicos. Explícitamente me dice que nunca dependa de un hombre, y al mismo tiempo yo siento que constantemente me entrega a ese mandato.

Ahora ¿dónde está nuestra contradicción? Creo que en las formas de lo que yo llamo *en femenino* y que las feministas han llamado *sororidad*. Que no es el mandato, pero que sí recoge los espacios que hemos construido las mujeres. Que pone el cuidado y sostenimiento de la vida en el centro, que sabe que las formas en que las sociedades satisfacen la reproducción cotidiana de las personas y el papel que esto desempeña en el funcionamiento económico, debe poner en el centro la sostenibilidad de la vida. Esto no solo para cuestionar las relaciones de género como una variable importante en el funcionamiento de la economía, sino para comprender la fuerza movilizadora que permite la supervivencia social y que, sobre todo, permite ir construyendo estos caminos en femenino.

Yo lo encontré en el feminismo, lo encuentro en la comunidad de *Mujeres de frente*, que es el lugar que me ha permitido comenzar a pensar los trayectos de mis ancestas, que me permite pensarme a mí misma. Y, extrañamente, este es el camino que más miedo le da a mi mamá, porque todo el tiempo está problematizando mi lugar en el mundo, y creo que para ella misma es confuso y contradictorio; por eso, para ella es tan importante que yo sea una mujer en toda regla, en esas formas que a ella le enseñaron, porque no quiere que yo me quede sin un espacio en el mundo.

También tengo la certeza de que me ama y aunque a veces le duela y le extrañen las decisiones que tome, se enorgullece y, silenciosamente, alienta los espacios que voy ocupando que para ella eran impensables, como estudiar, graduarme, trabajar y tener autonomía económica. Porque constantemente chocamos, porque el proyecto que ella pensó para mí no es el que yo escogí, y porque, sin darnos cuenta, estamos luchando por lo mismo, pero desde dos lugares diferentes.



¡Cómo no voy a valer! El dolor de una mujer

Luz-Esperanza Suintaxi y Lisset Coba

Hace mucho tiempo atrás, cuando yo tenía unos veintiséis años, mi padre arrendó unos cuartos a unos jóvenes de la costa. Al principio, uno de ellos me caía mal, pero con el paso del tiempo, nos enamoramos y nos casamos.

Yo me casé porque me sentía sola, tenía mi edad y quería saber lo que era tener una familia propia, tener un hijo, ser mamá. Lo vi como un buen partido porque era muy trabajador y correcto. A veces las apariencias engañan. Él trabajaba, no sabía tomar, estudiaba, eso me motivó. Pensé que era una buena persona para mi hogar, para mi vida; él me engatusó, hizo que me ilusionara de él y poco a poco nos enamoramos. En ese tiempo, él era guardia de seguridad y estudiaba gastronomía en la noche.

Mi madre me hizo casar por todo, por lo civil y por lo eclesiástico. A los seis meses del matrimonio, mi madre falleció y eso fue un golpe muy duro para mí. Cuando me casé, mis embarazos eran riesgosos y debía reposar. En el segundo embarazo me hicieron cesárea y debía quedarme en casa. Me tocaba ser amable.

Ahí yo sabía buscar trabajitos por días, con gente conocida que me daba trabajo un día por semana. Iba a vender ceviches, encebollados; tenía demasiados problemas económicos. Mi marido me sabía decir: “tú ya no sirves, tú ya ni vales”, y yo decía: “¡cómo no voy a valer!”. Tenía que ver cómo ganarme la vida, yo tenía que aguantar. Yo decía, él paga todo lo básico. Escondidito, mi hermano me sabía ayudar, depositándome algún dinerito. A veces faltaba y yo ponía alquilo para la comida. Él estaba celoso, que ¿de dónde sacaba yo el dinero? pero tengo buenos principios y mi madre me ha enseñado que al marido hay que ayudarlo.

Yo viví toda mi vida en Quito y solo estudié la primaria. Desde pequeña, sabía vender Agua Tesalia; cuando tenía diez años hacía *Fresco Solo* y me iba a vender en las canchas. En ese tiempo, la moneda era el sucre. Vendía cebolla, nunca fui una persona que decía no al trabajo. Un año fui al colegio, pero como era joven yo quería tener mi propio dinerito. Estudié y hoy soy maestra en belleza, me gradué en eso. Después empecé a trabajar como empleada doméstica, niñera, incluso de recepcionista en un hotel. Cuando conocí a mi esposo, trabajaba en casa de una señora.

Pasó el tiempo y bien dicen que a las personas no se les puede conocer del todo: fui conociendo a mi esposo y siempre fue medio déspota, medio raro; a veces se portaba bien, a veces se portaba mal. Cuando mi hija tenía diez años descubrí que tenía otra mujer. Es entonces cuando empezó a maltratarme psicológicamente. Me decía que yo no valgo, que soy una basura, que le doy asco, que como como un cerdo... Palabras de grueso calibre. Sufrí mucho y lloraba sola. Él me insultaba, pero yo nunca le alzaba la voz. Me trataba muy mal; cuando se emborrachaba venía y me golpeaba. Lo único que hacía era esconderme. La verdad, me daba tanto miedo que huía, me escondía en el cuarto de mi sobrino o en el terreno con mi hija para que no me tratase mal. Pasó el tiempo y volvió a traicionarme con otra. Yo era la mujer más infeliz del mundo, no sabía qué hacer; sabía llorar y llorar, solita, y ahí me dio la trombosis. Se me paralizó media cara para abajo, la nariz y la boca. No podía hablar ni comer, no podía mover los brazos. La única que me sabía ayudar era mi hija, que era pequeñita, pero igual me daba comidita, agüita.

El tiempo pasó y él volvió a tratarme mal, a alzarme la mano, pero lo peor era el maltrato psicológico, es lo que más me dolía. Me decía: “no quiero verte hija de pu..., hija de pu...”. Yo le decía “¿por qué me tratas así?”. Le decía que, de no quererme, podía irse. Pero él nunca se iba.

Una vez yo estaba acostada durmiendo y él llegó antes, sonó el celular y pude ver que era su amante diciéndole que le amaba, que le quería, que no podía olvidarlo, mientras le enviaba una foto de él, acostado en la cama de ella. Fue un dolor tan fuerte para mí... pero seguí sin reclamarle nada. Ese día cociné tranquila, pero tenía eso

en la mente. Tenía un dolor muy fuerte en la cabeza, incluso cuando subí a la terraza para dar los desperdicios de la comida a los pollos. Me mareé, arrimé la mano a un palo del balcón, sin percatarme de que estaba podrido. Caí y reboté contra una lata, para precipitarme al vacío en una altura de siete metros. Al llegar al suelo, quedé inconsciente. Fue un milagro que una cuñada mía vio que un bulto caía, sin imaginarse que era yo. Me salía sangre de la nariz y la boca y tenía la lengua remordida. Ella me dio primeros auxilios para despertarme.

Recuerdo que me puse a soñar. En el sueño, veía a mi madre fallecida que me tendía la mano, pero yo no se la podía dar, porque algo me lo impedía. No entiendo porqué no se la di. Cuando recobré la conciencia, vi a mucha gente vestida de rojo que me sacaban en ambulancia, en medio de la multitud. Cuando reaccioné, estaba en el hospital con un hematoma en el cráneo, fuerte dolor de cabeza y fractura de costillas. Me internaron. Esa fue la primera vez que vi a mi esposo llorar, después de dieciséis años. Me dijo por primera vez: “mija, yo te amo”, y me abrazó y se puso a llorar conmigo porque yo estaba mal, muy mal. No me daba cuenta de lo que pasaba. Me pusieron oxígeno, pues no podía ni respirar. Estaba en el hospital, sin poder moverme, con pañal, cuando me dijeron que era necesario operarme la mano. Fue muy doloroso, pero creo que Dios y mi virgencita me dieron una segunda oportunidad para seguir viviendo, por mis hijos, por mi hogar. Ya no quiero sufrir más, pero el maltrato psicológico es tan feo, que queda en el alma y en el corazón. Hasta ahora estoy con reposo médico. Una muestra su cara sonriente, tiene que disimular el dolor; a veces por los hijos, a veces por el “qué dirán”.

Él está un poco mejor, ya me trata con más cariño, con más amor, ha cambiado un 99%, y me siento feliz. Ojalá sea verdad porque ya no quiero sufrir. Me dice: “mija, mi amorzote”. Ahora pienso que diosito me está dando esa bendición, que me hace sentir el amor de mi marido hacia mí, después de dieciséis años. Eso me anima a estar mejor.

Él me dice ahora: “Me doy cuenta de lo que voy a perder, lo que tú vales. Te quiero mucho viejita, no sabes lo mucho que yo te valoro, yo he de estar contigo y con mis hijos hasta viejitos”. Yo estoy tratando de sobreponerme, por mis hijos y mi familia. Por ahora no quiero pensar, no quiero recordar, para no revivir el dolor.

Apuntes sobre el diálogo con Eva

La espiral de la violencia es un viento que gira para alejarnos de nuestro centro. Al inicio nos eleva con su encanto, entonces toma fuerza para expandirse, atraparnos en su turbulencia y hacernos creer que no hay mundo fuera del tornado. En la desprotección, llegamos a creer que la felicidad se alcanza cuando los demonios se detienen y nos miran y nos reconocen. Pero si respiramos fuerte y regresamos a nosotras mismas, nos damos cuenta de que la paz de las mujeres está en asumir nuestras propias fuerzas, las que ya existen, las que compartimos con otras. El espejismo del abandono se desvanece cuando nos reconocemos y aprendemos de aquellas que estuvieron atrapadas como nosotras, pero que lograron desprenderse de la violencia del romanticismo y que nos acuerpan y nos enseñan a sostenernos en la lucha. La luz no está al final del túnel, encendemos pequeños fueguitos que nos dan calor en cada trinchera, poquito a poquito lo construimos juntas.



¡Cómo no voy a valer! Ilustración: @violetatrip. Quito, 2021.

Una niña sin sombra

Paulina Murillo

Así mate, marido es. Así nos dicen al nacer y nosotras nos llevamos esto.

Desde niña conocí el abuso de mis compañeros. Abusaban psicológicamente de mí porque era gorda.

Mis padres decidieron mandarme a España con mis hermanos.

Mi hermana era muy exagerada en sus castigos, eran demasiado severos. Empecé a agarrar vicios, como el tabaco y la bebida; busqué las amistades equivocadas. Un día salí a bailar y de pronto me deslumbró un chico que, ¿saben?, era muy guapo, y me quedé enamorada. Empezamos a bailar y a tomar, y de pronto perdí el conocimiento. Fueron dos vasos de cerveza y después del segundo, no recuerdo nada más. Me desperté en una banca, detrás de la discoteca donde estábamos bailando. Recuerdo haber bailado con un vestido blanco que, al despertar, estaba empapado de sangre. Mi supuesta amiga, una muchacha mucho mayor que yo, estaba ahí mismo, con su novio y se reía mirándome la cara, diciéndome “¡no sufras!”. Irónicamente me llamó “amiga”, diciéndome que era normal, que no me preocupara.

Pasando el tiempo, las secuelas fueron peores. Cambié totalmente los hábitos de mi vida, las costumbres, mi esencia en sí. La PAULINA CUMANDA MURILLO FIALLO no era más ella.

Los que yo más creía que me iban a apoyar me dieron la espalda. Me decían que yo era la culpable de todo lo que había pasado, que cada paso de lo ocurrido, lo había provocado yo; que yo lo seguía provocando. Me encerré en un mundo de dolor, sin aspiraciones, sin anécdotas. Mi alma se tornó vacía, llena de angustia, de ira, de enojo. La mayor parte del tiempo, tenía que hacer un esfuerzo para ser simpática. Todo el tiempo me sentía amargada, enfadada y triste. Si un perro te muerde en ese momento, se muere con rabia, porque tú estás más rabiosa que el perro.

Unas visitas a un psicólogo me ayudaron a salir un poco de la depresión. No es que él me ayudó con unas terapias, sino que él hizo ese trabajo para cobrar las cinco sesiones. Y así nos reunimos las muchachas, gitanas, ecuatorianas, bolivianas. Total de los totales,

compartimos traumas iguales o peores, y ellas fueron las que realmente me ayudaron, no el psicólogo.

Al final, mi vida dio un giro de 160 grados en menos de dos meses. Como me decían que todo era mi culpa, mi familia dejó de ayudarme para que siguiera estudiando. Me decían que tenía que trabajar, que así como fui mujer para salir a bailar, debía ser suficientemente mujer para trabajar. Yo era una muchacha de diecisiete años... Qué yo sepa, a esta edad sigues construyéndote. ¿Por qué no un “ánimo, tú eres fuerte”? Un solo primo me dijo: “tienes que ser fuerte”.

Entonces cambió todo mi sistema. Pero en fin, a mi manera, logré sostenerme. Como somos nosotros -ojo-, clase baja, inmigrantes, en un país racista. Si aquí en tu país te juzgan, en España, que se supone un país primermundista, solo con mirarte te tratan como si estuvieras infectada de algo, y peor aún si conocen tu historia. Para darte trabajo, ya saben que eres suramericana, o como dicen ellos, sudaca; saben que vienes de una familia pobre y nos dicen indios -yo soy india y lo digo con mucho orgullo- o peor aún, si presentas tu currículum de vida y por A o B se enteran de que te violaron o de que a lo mejor estuviste en la cárcel sin motivo, quizás por indocumentada... ahí se te cierra el mundo totalmente. Una vez, mi hermano, que es policía aquí, me dijo: “Mejor era que te hicieras prostituta, después de que te violaran, ¿qué tenías que perder?” Qué estupidez tan grande. ¡Tenía mucho que perder!

Me enfada la injusticia de mi condición. Soy una mujer de guerra, mis nervios disparan repuestos de dolor. Me niego a hacerme la simpática en medio de todas esas exigencias. Entendí que sobrevivir es el proceso de vivir y morir cada día.¹ A la fuerza tengo que estar sonriendo, aunque por dentro me esté muriendo, para tratar de complacer a los demás. No es que esté bipolar. No. Estoy bien, y ¡pum!... en el momento más feliz, de una se me viene a la mente un vestido blanco ensangrentado. Son dardos asesinos que te flechan. Nosotras preferimos guardarnos lo que nos pasó, sentir estos dardos, antes que mostrar a otra persona la realidad, lo que estamos pasando, y que con eso se vaya a sentir mal o incómoda. Así la violación se repite y se repite.

A veces tropezamos unos con otros y encontramos una comunidad cuya energía nos mantiene vivos. Encontré un grupo de mujeres muy parecidas a mí, con más o menos traumas, pero que estaban en mi plano. Conversamos sobre lo que nos pasó, las duras experiencias de cada una. Yo fui así por lo que me pasó, pero lo que me pasó no dicta lo que soy. Lo que sí soy es un compuesto de todos estos rasgos agradables y desagradables que he ido acumulando a lo largo de una vida de traumas, triunfos y todas las experiencias intermedias.²

Saben, la vida no cambia por culpa de una. La gran mayoría de personas piensa que, por ser mujeres, somos culpables de estos actos de cobardía y cuando intentan explicar el porqué, preguntan que por qué nos vestimos así, que por qué estábamos en ese lugar, que por qué estábamos con hombres, que por qué estábamos tomando. En fin... ¡Cuántas cosas! Siempre terminamos siendo las culpables de todo. Pero hoy en día entendí. Entendí que no es así, que yo puedo estar en bikini, puedo estar desnuda, y nadie tiene por qué juzgarme, ni mirarme con deseo carnal, ni nada.

Si mis abuelitos hubiesen hablado conmigo en el momento en el que supieron que mi madre - que no puede contármelo - fue violada, si hubiesen conversado conmigo, sin importar que yo me enterara al nacer, tal vez eso no me hubiera pasado a mí. Todo hubiera sido distinto si me hubieran dicho: “Ten cuidado, porque los hombres son así”, “por favor, no aceptes una bebida”.

Ya no digo “por mi culpa”, “porque me puse ese vestido”. No. Ahora digo, “porque a mí no me hablaron de estas cosas”, “porque a mí me obligaron a esto”, “a mí me habrían tenido que permitir más cosas, y hablar”. Era otro momento. Con mis hijos hablo de sexo, hablo de drogas, hablo de todo. Con mi mamá y con mi persona, es bueno hablar. Grita, ¡grita! ¡Escuchen!

El mundo entero nos debería entender. Las mujeres somos frágiles, no somos el sexo débil, somos frágiles: somos más auténticas de lo que un hombre pueda serlo. Hasta en la forma de hablar somos diferentes. Nosotras sentimos, tenemos un sentir que los hombres no tienen. Si una máquina pudiera borrar tu cuerpo, si pudiera borrarte el corazón, seguirías sintiendo lo que te pasó, y tratarías de excavar: ¿Por qué? ¿Cómo recuperar tu integridad, tu corazón, tu vida? Eres mujer, eres mujer, eres hermosa. Por dentro, yo tengo sentimientos así.



Una niña sin sombra. Ilustración: @violetatrip. Quito, 2021.

² anna saini. 2014. “An unlikeable Survivor”. En Dear sister: letters from survivors of sexual violence, pp. 169-71.

Alma herida

Paulina Murillo

¿Cómo encontrar a una niña solitaria?

*Nunca desearon tu venida
muñeca sin alma*

¿Cómo encontrar a una niña solitaria?

*Nunca desearon tu venida
pequeña niña*

*Acaso tanto dolor puede
cabrer en su cuerpo inmerso en este mundo
Amada niña, naciste de un angélico vientre*

Mi corazón te extraña, niña mía

Al mirarte me devuelves el mundo

¿Pero cómo eres, mi niña solitaria?

Miro la noche estrellada

Acaso me amas, mi vida

Eres mi corazón, reina mía

Esta noche en el silencio

Escribiré las cosas de mi alma y corazón

Vida mía, te amo, eres mi ser

osadía la mía el pensarte

Toda la noche extraño tus caricias

¡Mi niña! ¡Oh! Alma mía

Dueña de mis penas y a la vez

mi consuelo eres

Merecedora de todo lo que soy

Cómo no amarte

Si en cada rincón estás tú

Siento tu presencia en el aire

Que respiro en el agua en los árboles

Mi niña Solitaria

Experiencias y resiliencias del acompañamiento colectivo a las compañeras de Mujeres de Frente en la escritura sobre las violencias

Sonidos de la Memoria*

Camila Muñoz, Ro Ortega Vásquez, Ximena Cabrera y Diana Barragán

Reflexionar sobre las violencias es volvernos a ver en nuestras propias experiencias de vida, mirar hacia atrás, como mujeres y personas que sobrevivimos a las violencias patriarcales. Conocer y sentir las experiencias de las compañeras, que tan generosamente compartieron sus testimonios, sus dolores y preocupaciones, significó retomar un diálogo comprometido y cuidadoso, porque cada palabra interpelaba a nuestra sensibilidad y nos demandaba ser fuertes para acompañar el proceso de escritura sobre estas experiencias.

Este proceso estuvo lleno de experiencias y aprendizajes, individuales y colectivos, como el entender que identificar y nombrar la violencia es un camino distinto para cada una. Uno de los mayores aprendizajes fue ver que una de nuestras compañeras de investigación entendía la violencia como algo natural, cotidiano e incluso merecido para las mujeres. Lo debatimos, para entender desde dónde venía ese modo de ver la violencia, para construir una crítica colectiva y un reaprendizaje mutuo. Así, esta idea comenzó a cambiar, entendiendo que para muchas mujeres es difícil reconocer y denunciar la violencia. Logramos juntas sacar la voz, potenciar la autocritica, la rabia, la indignación y las ganas de parar la violencia, de decirles agresores a los agresores y de decir violencia a la violencia.

Construir un espacio de investigación feminista significa también exponer claramente cómo lo estudiado y conversado en cada taller, permite aflorar nuestras experiencias y ubicarnos en situaciones emocionales de vulnerabilidad, que deben ser acompañadas por procesos terapéuticos y de sanación. Esta corresponsabilidad fue expuesta y sugerida para las compañeras que fueron parte del proceso, sin embargo, nos costó mucho asumir saber que algunas no pudieran continuar en él, quizás porque algo se lo impidió, porque no les dejaron, o porque el sistema injusto, precarizante y patriarcal no se lo permitió. Nos seguimos preguntando cómo podríamos haber evitado esto y cómo deben ser los espacios de investigación de violencias.

Este caminar nos condujo a la necesidad de compartir otros escenarios, juntarnos en la alegría de la preparación de alimentos, creando una mesa colorida

y abundante para sentarnos a comer, conversar, reírnos y brindar por la jornada de trabajo colectivo. Este ritual cotidiano concretó uno de los objetivos de este taller: construir un espacio seguro, confiable, empático, reflexivo y transformador. Así la casa de la Cami, acunó la frase creada por una lluvia de ideas, algo tan básico como “ya no aguantar más”; frase que se fraguó en lo más profundo de nuestras existencias, a través del fuego de una potente vela roja, cuya incandescencia fue capaz de quemar todo, incluso las hojas de laurel que, una a una, fueron colocadas con las manos creadoras de las mujeres que participaron de este taller. Las peticiones colocadas en las hojas de laurel, dichas en voz alta, otras a través de susurros y otras no nombradas, se hicieron infinito, del mismo modo que ellas y nosotras, así como lo han hecho otras mujeres, transmutamos en existencias dignas e infinitas.

Poder escribir, saber que, haciéndolo, tu historia y tu lucha pueden llegar a otras en voz alta, es encontrar una manera de conectarnos y acompañarnos. Con el miedo que implicó desnudarse de los dolores y las dudas, pero sabiendo que callar era seguir aguantando, escribir nos salvó la vida. Por eso compartimos estas herramientas, para escribir, para sanar, para denunciar, para transformarnos y para transformar.



Peticiones hacia el fuego. Foto: Diana Barragán. Quito, 2021.

* Este espacio fue sostenido por compañeras que integraron la intervención Sonidos de la Memoria entre 2020 y 2021, un espacio de memoria feminista por las víctimas de violencia feminicida.

Aguantar ¡ya no es natural!*

Karima Zoubaidi y Dennis Jiménez

Este texto es una creación colectiva del taller de Violencias para la revista *Sitiadas* de Mujeres de Frente. Somos dos mujeres distintas, a las cuales nos atraviesan muchas cosas en común. Aquí les contamos quienes somos:

Yo me llamo Karima, soy de Marruecos y vivo desde hace muchos años aquí. Soy ciudadana con doble nacionalidad. Hablo de mi vida, pues fue muy difícil y triste, además de estar en un país ajeno y lejos de mi familia. Soy madre y abuela, me hago cargo de mi nieta desde sus ocho meses de vida. Actualmente tiene ocho años y sigo luchando por ella.

Soy Dennis, escribo porque he sufrido de violencia. A pesar de las adversidades, siempre tengo una sonrisa en mi rostro. Creo que escribiendo en la revista, mi voz y lo que siento van a ser escuchados por los demás.

A lo largo del proceso de aprendizaje, pudimos analizar algunos conceptos y los relacionamos con nuestras experiencias de vida. Así, identificamos que el patriarcado es una estructura en donde los hombres dominan y ejercen su poder sobre las mujeres, y que lamentablemente está instalado en nuestra sociedad como algo natural, creando así desigualdad y discriminación en derechos, opiniones y obligaciones. Esta problemática debería ser tema de conversación, como cuando hablamos de fútbol, de música, de arte, de películas y más, ya que para nosotras, las mujeres, es un enemigo por vencer y lo podemos percibir en distintos lugares y de diferentes maneras.

Esta desigualdad y discriminación se mantiene a través de los hábitos, estereotipos, prejuicios, costumbres, leyes religiosas y políticas, apropiándose de los cuerpos y mentes de las mujeres. Lo vemos reflejado en nuestros entornos, a través de situaciones de violencia que han vivido nuestras madres y abuelas, quienes también nos han transmitido a nosotras. Al hablar de la violencia contra la mujer, nos surgieron estas preguntas que nos acompañaron durante todo el proceso de aprendizaje y de investigación: ¿Por qué aguantamos violencia? ¿Por qué no se denuncia la violencia? ¿Por qué vivimos violencia las mujeres?



Escritura propia. Foto: Diana Barragán. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.

* El título de este escrito salió de una lluvia de ideas donde identificamos que la palabra “aguantar” se repetía muchas veces, así que decidimos que ya no queremos aguantar.

Participamos en espacios de encuentros para preguntarnos qué es la violencia. Esta pregunta nos llevó a enfrentarnos a ideas propias, que denotaban lo interiorizada que muchas veces está la violencia en nuestras vidas. Fue un camino de aprendizajes y desaprendizajes, que nos llevó a identificar los tipos de violencia contra la mujer, las consecuencias que acarrea y cómo no debemos aguantar ni el maltrato, ni el insulto, porque tenemos derecho a vivir bien.

Realizamos entrevistas a mujeres cercanas a nuestros entornos, que creíamos que podrían estar sufriendo violencia, como nuestras vecinas, amigas y compañeras de la colectiva *Mujeres de Frente*. Ellas son madres, jefas de hogar y mujeres casadas. Acudimos a estas mujeres más cercanas porque no todas aceptan hablar de este tema, por miedo o vergüenza. Sin embargo, aceptaron contar sus historias de vida porque nosotras nos comprometimos a no compartir sus testimonios y generar un encuentro respetuoso y seguro para ellas. Las cosas que leíamos o contábamos después se fueron ligando a lo escuchado en las entrevistas, lo que facilitó la comprensión de este tema. Mientras hablábamos con las mujeres de nuestra comunidad, pudimos percibir sus temores, sus dolores y entendimos que se sienten abandonadas y aisladas.

Las preguntas que les hicimos nos llevaron a saber que las mujeres entrevistadas no se sentían muy bien con lo que viven diariamente. Mencionaron que el papel de ellas es servir, cuidar, ser débiles, alimentar a otros y hasta ser golpeadas. Mientras que los hombres optan por el papel de proveer, ser servidos, ser fuertes y gritar. Además se creen dueños de las mujeres, las tratan como objetos, amenazan con llevarse a los hijos, menosprecian su trabajo por ganar menos y las humillan por no haber terminado sus estudios.

Identificamos que estas mujeres necesitan un apoyo incondicional y psicológico para salir adelante, ya que han sufrido - y probablemente siguen sufriendo - diferentes tipos de violencia como la sexual, psicológica, física, patrimonial y otras. Cuando nos hablaban sobre los maltratos físicos, ellas mencionaron: “En la cara, en la cabeza, en el cuerpo, en las piernas, en todo lado me pegaba y nunca dije nada. Sé que una vez mi mamá me vio con la cara así hinchada. Ahí supo”. Sobre la violencia psicológica dijeron: “[...] por ejemplo cuando te agrede, te pega y te dice las cosas, muchas cosas feas, ya saben, cómo insultos [...]”. Y sobre la violencia económica: “[...] yo pagaba para que cuiden a mis hijos y él tenía libre sábado y domingo y siempre era la tomadera todos los viernes”.

La violencia contra la mujer, como evidencian estos testimonios, la vivimos de maneras explícitas, a través del maltrato, golpes, insultos, discriminación, abusos, pero también a través de la inexistencia de justicia. Así lo mencionan las compañeras: “[...] también la ley, los jueces, los fiscales y los abogados, toca que hagan su trabajo, porque a veces la mujer va y denuncia, después le botan la carpeta, si coge el fiscal no avanza, si es privado ahí puede mover las cosas. Si una no tiene plata, ¿qué puede hacer?!”. Otro testimonio menciona: “[...] solo si te ven bien golpeada, ensangrentada, te prestan atención, sino no, porque si no tienes nada, si no estás marcada, no hay quién te ayude [...]”. Por lo tanto, las leyes no funcionan por sí solas, ni sirven para detener o disminuir la violencia. Es así como los mismos jueces, abogados y todo el sistema legal contribuyen a que la violencia aumente y siga manteniéndose en la sociedad.

Consecuentemente, la violencia contra la mujer ejercida por sus parejas, así como la violencia estatal, tienen efectos graves en la vida de las mujeres, en su salud física, psicológica y emocional, y afecta su desenvolvimiento personal. Incluso puede llevar a la muerte por feminicidio. Las mujeres entrevistadas llegaron a expresar que su existencia no importaba ni importará, dicen que están marcadas en su piel y en su alma. Suelen preferir el silencio a conversar abiertamente con otras personas sobre este tema. Eso las avergüenza.

Salir de la violencia, decir basta, ya no aguantar, no es fácil. Esto se debe a las enseñanzas del hogar, donde aprendieron que la mujer es para la casa y los quehaceres domésticos, mientras el hombre es el que provee. Y esto contribuye a que los hombres tengan más derecho sobre las mujeres, a que las sigan lastimando psicológica, sexual y físicamente. Además, las mujeres entrevistadas mencionan que sus condiciones económicas son las que impiden parar la violencia: “[...] porque a veces no son solo de golpes, son los insultos, y una aguanta, aguanta y aguanta, a veces hasta por la economía mismo”. Otro testimonio menciona: “Hay muchas mujeres que aguantan el maltrato porque no tienen familia, ni dónde irse”, “[...] por miedo, por los hijos, porque no

tienen donde irse, porque la familia no les puede recibir, porque mis hijos se quedan sin su papá [...]”. Estas condiciones económicas y sociales que recaen sobre las mujeres hacen que detener las múltiples violencias no sea una decisión fácil de tomar, sino que cuesta mucho tiempo. Cuando la víctima toma la decisión de parar la violencia, debe ser acompañada por otras mujeres u organizaciones, para que pueda mantener esa determinación. Desde luego, el apoyo económico es también muy importante.

Tanto las mujeres entrevistadas como las que escribimos este texto, coincidimos en que estamos contra todo tipo de violencia; todas nosotras tenemos problemas diferentes, pero cada una sabe lo que significa la violencia. Por eso, las mujeres no quieren solo sobrevivir. La mayoría ha optado por separarse de los agresores, buscar trabajo y salir de ese hogar. A partir de estas decisiones, viven tranquilas, sin miedo, sin golpes. La sociedad nos enseñó que era mejor aguantar que estar solas y ahora entendemos la soledad de manera distinta: representa la oportunidad de vivir tranquila, sin miedo, sin golpes, sin insultos.

Frente a este escenario, creemos que la violencia nunca se va a acabar, pero podemos resistir de varias maneras. Entre ellas, comentan que “podemos hacer marchas, exigir a la justicia que haga algo por nosotras”, o culminar los estudios para tener fuentes de trabajo, así como buscar apoyo emocional y profesional. Las mujeres necesitamos hacernos escuchar, por eso es importante asistir a las charlas con el grupo de *Mujeres de Frente*, donde cada mujer que comparte es porque ya pasó por esa experiencia y quiere transmitirla a las demás y ayudarlas a salir adelante, para que ya no nos quedemos calladas. Reunirnos en un espacio donde hablemos, conversemos, dialoguemos, es muy positivo. A veces lo importante no solo es el curso, sino también las amistades que se tejen ahí. Es bonito. Queremos seguir con las reuniones de las *Mujeres de Frente*.

Para cerrar queremos contestar la pregunta *¿para quienes escribimos?* La respuesta es que escribimos para quienes han pasado por lo mismo, para que se sientan apoyadas y sepan que pueden superarlo y no quedarse estancadas. Además, escribimos para nuestras compañeras de *Mujeres de Frente*, pues encontramos en este colectivo un lugar seguro para hablar sobre nuestras vidas, donde somos escuchadas y encontramos posibles salidas.

Dejamos escritas estas frases que salieron en el ejercicio de escucharnos, de oír las entrevistas, de leer las transcripciones, de escribir en el Word, de leer y releer los párrafos. Todo esto y más, vivimos a través de nuestro primer proceso de aprender, investigar y escribir sobre la violencia.



Aguantar ¡ya no es natural! Ilustración: @violetatrip. Quito, 2021.

"La mujer no debe aguantar el maltrato, el insulto, porque tenemos derecho a vivir".

"Tenemos derecho a vivir tranquilas y seguir adelante".

"El aguantar por los hijos es algo que lleva a más maltratos e incluso a posibles feminicidios. No debemos aguantar".

"Si los jueces, los fiscales, los abogados siguen sin hacer caso, la violencia no va a acabar".

"Muchas cosas no sabía sobre la violencia y quiero seguir adelante con Mujeres de Frente".

"Me encanta investigar sobre el tema porque estoy hablando del fondo de mi corazón. Yo me siento bien. Yo quiero defender a la mujer".

Sanando juntas

Emily W. Salamea y Alames - Xavier Maldonado



Sanando juntas. Autoras-participantes en este encuentro: Tania Simba, Rosa Guallan, Verónica Villalovos, Xavier Maldonado, paO viteri.dávila, Belén Santillán y Andrea Zambrano Rojas. Diseño de imagen: Belén Santillán. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.

Mujer, salud y educación

Tania Simba

Escogí este tema porque creo que la salud en la mujer tiene que ver también con la educación. Quiero compartir con ustedes las experiencias de vida de algunas mujeres, amigas, vecinas, familiares.

Para escribir sobre este tema, realicé varias entrevistas a mujeres de distintas edades, en un rango de veinticinco a cincuenta años. Las entrevistas contenían muchas respuestas, más allá de las preguntas que preparé; las mujeres se abrieron a contar sus historias de vida. Para mí fue una experiencia llena de emociones, porque me identificaba en algunas de sus historias. A solas, mientras revisaba las respuestas, me detuve para llorar, pero también fui motivada por la fortaleza y amor que es capaz de brindar una mujer.

Sus vidas fueron transcurriendo de acuerdo a cómo fueron formadas en sus hogares. Están llenas de sentimientos que no pueden ver: ira, frustración, temores, soledad, abandono y muchas emociones más que puede llegar a sentir un ser humano. Todo esto les llevó a tomar decisiones en sus vidas.

“Lo que me habría gustado saber”

A muchas de las mujeres que fueron entrevistadas, les habría gustado saber sobre la salud física. M.C. me comentó que, para ella, la salud es alimentarse bien y hacer ejercicios, y que las coladas no siempre son saludables para sus hijos, porque podrían estar gorditos, pero tener anemia. Me dijo que es necesario incluir frutas, verduras, proteína en la alimentación, algo que por lo general olvidamos. Esto lo supo por el pediatra, en una cita médica. A.T. también cree que salud es alimentarse bien y hacer ejercicios, al igual que la mayoría de las mujeres entrevistadas, pero cree que el dinero no alcanza para comprar lo necesario para tener una buena alimentación. Supo por el médico que era muy importante el aseo antes y después de una relación sexual, así como los chequeos ginecológicos para evitar enfermedades que afectan gravemente a la salud de la mujer. En sus citas con el doctor, algunas de las mujeres descubrieron que tenían el colesterol alto, otras que tenían principio de diabetes, a otras dos les dio parálisis facial y enfermedades de transmisión sexual, entre otras enfermedades más. La mayoría supo, al ir al médico, que su enfermedad era tratable, pero otras tienen que vivir con la enfermedad de por vida, con tratamientos. Estas mujeres saben que, para tener salud física hay que hacer ejercicio, tener una buena alimentación e ir a sus chequeos médicos. Sin embargo, estas actividades no son sostenibles si sus ingresos son bajos, si no tienen estudios y conocimientos que les permitan tener una actividad que les genere ingresos suficientes para todo lo que necesitan. La mayoría son conscientes de que sus enfermedades se pudieron haber evitado si hubiesen tenido las herramientas y recursos para enfocarse más en su salud.

Muchas mujeres dicen que les habría gustado saber cómo cuidar su salud mental. La señorita A., al igual que la mayoría, piensa que el tema de salud mental es una de las cosas que más le afecta. Ella creía que eran normales los engaños y maltratos por parte de su esposo. Me contó que, años después de separarse, todavía sentía depresión y ansiedad, llegando al límite de poner su vida en peligro. Buscó asistencia psicológica y eso le ayudó mucho. La mayoría de las mujeres entrevistadas cree que la pobreza tiene que ver más con la “pobreza mental”,⁵ la mente es la que les dice que no pueden y les genera muchos pensamientos negativos. Por ese motivo, junto a otros, la señorita A. cree que muchas mujeres necesitan ayuda psicológica para romper con la cadena de “pobreza mental” que se repite en su familia.

El siguiente es un testimonio de M., quien contaba los recuerdos tristes de su niñez. A los siete años, sus padres la enviaron a trabajar, porque no les alcanzaba para mantener a todos sus hijos. En su lugar de trabajo sucedieron muchos abusos físicos y psicológicos. A los once años, cuando estudiaba el segundo grado de educación básica, fue violada por un hombre adulto, y su sueño de tener una profesión se desvaneció. Tuvo un embarazo e hijo producto de la violación, pese a ser solo una niña. Sin embargo, los patrones se repitieron y, en vez de condenar al hombre, la retiraron de la escuela. “Era una niña admirada por mi inteligencia -M. comentó- habría tenido un mejor futuro que el que me tocó vivir”. Las mujeres que vivieron cosas similares entenderán lo que ella sintió.

⁵ La mujer entrevistada definía “pobreza mental” como el sentirse incapaz de gestionar su vida, sentir que no vale, o que para ella no había nada más que lo que estaba viviendo en ese momento. Lo planteaba como un problema mental que le detenía.

La señora M.F. cree que la mayor dificultad que tiene una mujer para estudiar es la cuestión mental, pensar que no puede, que no es necesario y que no hay recursos. Para ella, lo prioritario son las necesidades de sus hijos y esposo; sus necesidades y anhelos propios dejaron de ser pensados hace mucho tiempo. En su familia es normal estudiar solo la primaria, se acostumbraron a vivir de esa manera y le parece difícil que cambien las cosas.

A muchas mujeres les habría gustado tener más educación. Para ellas, el no tener lo suficiente para alimentarse y alimentar a su familia, el no tener estudios o una profesión que les permita tener los ingresos suficientes para cubrir sus necesidades -aun para detalles pequeños pero muy importantes, como vestirse o arreglarse el cabello, verse bonitas y sentirse bien- les ha llevado a aceptar trabajos mal remunerados. A todo esto se añaden las heridas no sanadas del pasado y la sensación de no poder salir del ciclo en que se encuentran, lo que les afecta de una manera importante, ocasionando una baja autoestima.

Respecto a la educación en casa durante la pandemia, las mujeres tuvieron que trabajar, cuidar y ayudar en clases a sus hijos. Esto les afectó mucho al principio, porque no sabían manejar los medios tecnológicos ni tenían para comprar esos medios. Les tocó educarse a ellas primero, para luego enseñarles a sus hijos. La educación en casa durante la pandemia fue dura para la mayoría y ellas la sintieron como una carga adicional.

Varias mujeres reconocen el impacto positivo de la pandemia en su educación. La señorita R.S. cree que, pese a lo difícil de este tiempo, la pandemia le ha permitido conocer su potencial, por lo que ha tenido la necesidad de ayudar a sus hijos en las clases virtuales y aprendió sobre la tecnología. Ella cree que la pandemia sólo aceleró algo que ya se veía venir y esto la motivó a estudiar. Se matriculó, retomó sus estudios y se siente bien, y cree que las mujeres se adaptaron rápidamente al cambio tecnológico, demostrando una vez más, la capacidad enorme que tiene una mujer.

A.I. vivía con su esposo y sus tres hijos, tenían un negocio de quesos, pero hace unos años se separó y su esposo se llevó todo del negocio, la maquinaria y un camión. Me contó que ella sola con sus hijos salió adelante, en una carretilla se puso a vender mote y pollo y su alimentación era a base de harina que ella mismo molía. Deseaba seguir prosperando, quería sacar un préstamo y así comprar una camioneta para vender frutas, pero para el préstamo le dijeron que mínimo debía tener estudios del ciclo básico. Así que con un solo celular, se puso a estudiar con sus dos hijos en plena pandemia. Se organizó y dice que esto fue muy duro, pero siguió sin desanimarse. En septiembre terminó su educación básica y mantiene el deseo de seguir estudiando. Su esposo le amenazó con quitarle la casa, pero ella dice que no le preocupa. Piensa siempre en seguir adelante, ya que la educación le permitió conocer muchas cosas que desconocía y le dio confianza en sí misma. Dijo también que ella cuenta su historia para animar a otras mujeres que han pasado por la misma situación.

La mayoría de las mujeres creen que una mujer con estudios y con una profesión tiene más oportunidades de tener una vida de calidad, física y mentalmente saludable. Por ello, la mayoría de las mujeres entrevistadas se encuentra estudiando. La mujer ha sido la misma ayer, hoy y siempre, pero ha tenido que adaptarse a los cambios, que ahora incluyen el uso de la tecnología. Es importante motivar a las mujeres a estudiar y a cuidar de su salud. “Antes, la mujer estaba privada de estudios”, cuenta la señora G.A., quien como no era común estudiar, tuvo que trabajar desde muy niña. Fue madre a corta edad, porque desconocía los métodos anticonceptivos y entendía que lo único posible para ella como mujer era ser madre. Actualmente, estudia en el colegio y, al igual que otras, se siente muy bien y motivada a continuar estudiando. Aunque no siempre les alcanza el dinero ni el tiempo, eso por falta de oportunidades y por desconocimiento.



Tania Simba creando. Foto: Andrea Zambrano Rojas. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.



La belleza y fortaleza de la mujer. Ilustración: Tania Simba. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.

Salud Mental y Pandemia

Pilar Quintana, Verónica Villalovos y Paola Narváez

Este texto ha sido escrito por varias manos y reúne las experiencias y vivencias de las compañeras que fueron entrevistadas. Escogimos mujeres que trabajamos en la calle como vendedoras. También entrevistamos a jóvenes, madres solteras y adolescentes.

Escogimos este grupo porque nos identificamos con él. Decidimos mezclar nuestras voces sin nombrarnos, el “yo” nos representa a todas las autoras y entrevistadas, en nuestras experiencias singulares y en la memoria que, escribiendo, se hace colectiva.

La salud mental y la economía en la pandemia

Yo era vendedora ambulante, pero desde que comenzó la pandemia me quedé en la casa y vi a las personas mayores sufrir, pensar en los hijos y los nietos. Nos enfermamos al pensar que no tenemos dinero para la comida o para cualquier otra cosa. Todo lo que mis compañeras vivieron durante la pandemia fue bien duro.

La salud mental sirve para afrontar las dificultades normales y problemas de la vida. La salud física y mental es una sola y tiene una sola relación. No existe salud física sin salud mental.

La pandemia afectó la salud de las personas mayores, nos provocó estrés y depresión. La crisis económica nos afectó a todos, principalmente a las personas ambulantes, porque vivimos al día. Algunas somos vendedoras, madres solteras y debemos ser padre y madre para nuestros hijos. Esta pandemia nos golpeó duro económicamente. No tenemos horario establecido ni un salario fijo. Cuando no se vende no les podemos dar a nuestros hijos y es duro. Hay que cubrir la comida, el agua, la luz, el arriendo, y lo más importante, el estudio de los niños.

Desde el campo, no pudieron traer los productos a la ciudad para comercializarlos y acabaron dañándose.

También tuvieron pérdidas las personas que fabrican el queso, la mantequilla; no había quién compre sus productos. En la ciudad y en el campo, no sabíamos qué hacer, ya que esta enfermedad nos cogió sorpresivamente, pero hemos tenido que salir adelante con nuestras vidas.

Lo más duro en esos momentos fue alimentar a mis cuatro hijos. Mi esposo estaba sin trabajo, al igual que yo. Mi familia estaba lejos, y todos estábamos sin poder salir de la casa. Los ahorros fueron menguando con la compra de comida y medicinas. Mi esposo estuvo doce días enfermo, pero al ver que mis hijos estaban hambrientos y pedían comida (nadie cocinaba porque no habían alimentos para cocinar) se vio obligado a salir a trabajar sin sentirse bien y poniendo en riesgo su vida.

A veces se vendía, a veces no se vendía, y se vencían los pagos de agua, luz, arriendo. No tenía dinero para darles un dispositivo a mis hijos para que estudien.

Día a día durante la pandemia

Yo salía de mi casa a las seis de la mañana, para llegar a las ocho donde mi mami, pero a las once o doce, ya tenía que estar caminando de vuelta a la casa. Fue muy frustrante. A las dos de la tarde comenzaba el toque de queda, y llegar a tiempo hasta el sur de Quito, donde vivo, era muy complicado. A veces, dormía donde mi mami, porque ese día no había vendido y me tocaba quedarme hasta más tardesito. Mi mami me decía, “aunque sea quédate en mi casa y duermes ahí”, pero se me hacía duro por mis hijos, a los que, a veces, no había visto en dos días. Todo era triste y muy duro. Creo que también lo era para algunas de mis compañeras que, como yo, vivían en el sur.

Emociones: Cómo nos afectó la pandemia

Nos afectó muchísimo, teníamos pánico de salir a la calle, nos estresamos mucho. La pandemia fue muy fea

porque teníamos que estar encerrados. Fue pensar con qué comemos... ¡y las deudas!... no había muchos ahorros. Al inicio no sabíamos cuánto iba a durar y el dinero y la comida se iban agotando. Los días de encierro se convirtieron en meses de aburrimiento, tristeza y llanto.

“¿Cuándo pasará?” Las autoridades decían que, en una semana, luego en dos, pero fueron pasando los meses. Estábamos muy afectados en nuestra salud física y mental. Fue un año de terror para todos nosotros.

Nos cogía la depresión muy fuertemente con la situación que pasábamos dentro del hogar y fuera del hogar, por la familia. Veíamos a los vecinos que ya estaban en una dura situación con los hijos y algunos bien enfermos, con algo parecido a la gripe, pero algunos no sanaban rápido.

Sentimos miedo al saber que la enfermedad era muy grave y contagiosa, y que llegaba a nuestro país. Apenas se escuchaba que circulaba en otros países y llegó aquí. De la noche a la mañana, se escuchaba que la gente se contagiaba y enfermaba gravemente.

Los jóvenes, tristes por no poder estudiar, y por la desesperación ante esta enfermedad, tomaron malas decisiones, presos de la angustia. Algunos tomaron veneno, otros se ahorcaron o empezaron a consumir drogas. Pienso que no fueron buenas decisiones, pero no sabían qué hacer.

Cuando por la noche cerraba los ojos, tenía ganas de llorar, de desaparecer de aquí. Le pedía mucho a Dios que nos saque de todo este mal. Después me ponía a pensar en mis hijos: “si nos pasa algo, a mí o a mi esposo, ¿con quién se van a quedar?” Pensaba en mis nietos, pensaba en mi madre también: “ella no tiene nada. Si me pasa algo a mí, ¿quién le va a cuidar?”

Eran tiempos de desesperación; lloraba todo el tiempo, solo de pensar que podía contagiarme y morir. Me entraba la angustia por mis hijos, pero también por lo económico. Era bien duro porque si no se salía a trabajar, sino se salía a vender ¿de qué comían nuestros hijos?

Veía a mis hijos y con su sonrisa me decían “Mami ¿ya vas a venir?”, y decía “Sí”. Eso me mantenía en pie.

La violencia en la pandemia

Las compañeras contaron que hubo mucha violencia dentro de las familias, por la desesperación y la angustia. Los niños no tenían cómo jugar y estudiar tranquilos.

Debido a tantos problemas mentales, hubo violencia hacia los niños y violaciones a mujeres. Hubo separaciones entre parejas y maltrato físico, mental y sexual. Algunas mujeres no aguantaron los golpes y decidieron irse con sus hijos, donde nadie les maltratara, para ser felices y no seguir viviendo con el padre.

Al pasar todo el tiempo en la casa, las madres pudimos descubrir situaciones de abuso a los niños, niñas y adolescentes, por parte de sus padres, tíos, primos o familiares. Las mujeres somos fuertes y luchamos día a día por nuestras familias.

Afectación de derechos, discriminación e injusticias

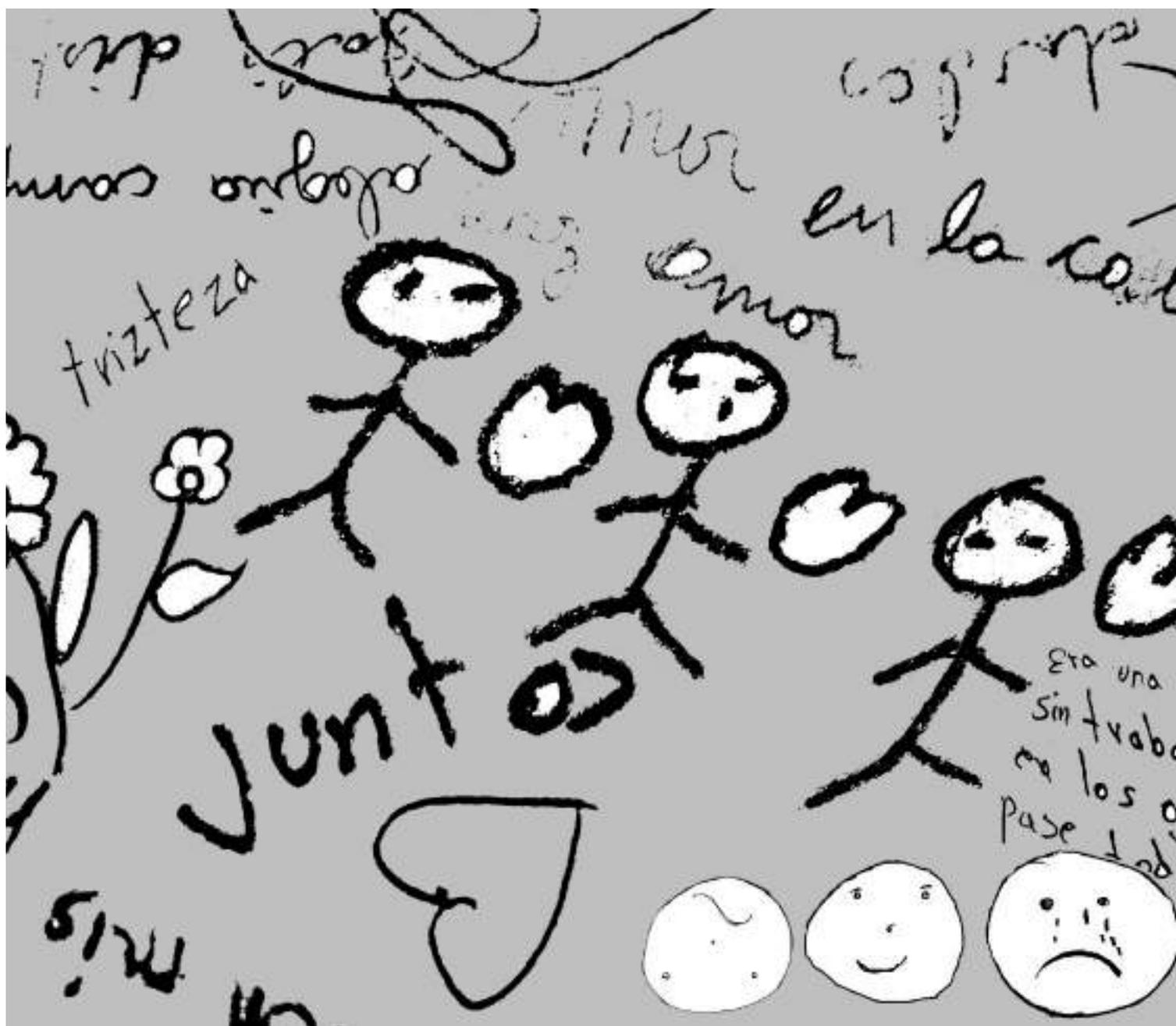
Nosotras, como vendedoras ambulantes, no tenemos el derecho a hablar, no tenemos ningún derecho a nada. La misma población nos margina. A pesar de que una les ha hecho más fácil las cosas a la población, yendo de casa en casa a golpear la puerta, a ver si necesitan tomate, cebolla... Nos han maltratado demasiado. Salía a vender papel higiénico y las personas no me compraban, porque decían que estábamos contagiando a la gente. Preferían ir a los centros comerciales. Nos veían como animales raros, eso nos hacía sentir mal.

Nos decían que los vendedores somos las personas que estamos haciendo circular el COVID, que íbamos a matar a mucha gente porque estamos vendiendo en la calle, pero no era así. Somos muchas compañeras las que no nos enfermamos, porque siempre estamos lavándonos las manos, poniéndonos la mascarilla, tratando de cuidarnos. Porque nosotras también somos seres humanos y tenemos una familia que mantener. Somos madres. No

queríamos enfermarnos ni enfermar a nadie. Tenemos que cuidarnos, porque también tenemos familia, tenemos hijos y tenemos necesidades. Todos queremos salir de esto y todos estamos en el mismo barco. Pero no nos dejan trabajar como comerciantes en la calle porque hemos sido considerados como el punto rojo del COVID. Sufrimos mucha discriminación y no tenemos unos estatutos que nos protejan o quién nos ayude aquí. Recibimos muchos malos tratos de la gente y de los policías municipales.

Sabemos que los municipales cumplen órdenes, pero todos somos humanos y merecemos el mismo trato. Ellos nos tratan mal y no se ponen a pensar que nosotros también tenemos una familia. Ellos también tienen una familia, ellos también necesitan comer, sus hijos también necesitan estudio, y nuestros hijos necesitan lo mismo que los de ellos. Nosotros no tenemos un apoyo de nadie, ni del gobierno ni de nadie, por eso somos maltratados como comerciantes ambulantes. En una ocasión le dije a un policía metropolitano: “¿Usted no tiene hambre, no tiene hijos?”, respondió que sí y entonces le dije: “¿Y por qué sale? Porque necesita, ¿no es cierto? Entonces yo también necesito”.

Al principio solo vacunaban a los famosos y sentí mucho dolor en el corazón. Pensaba “¿cuándo nos vacunarán? Nosotros hemos de ser los últimos”. Entonces sí sentí un poco de molestia y dolor, porque creo que en esta vida, solo cuenta el dinero. Si no tienes dinero, no te puedes vacunar.



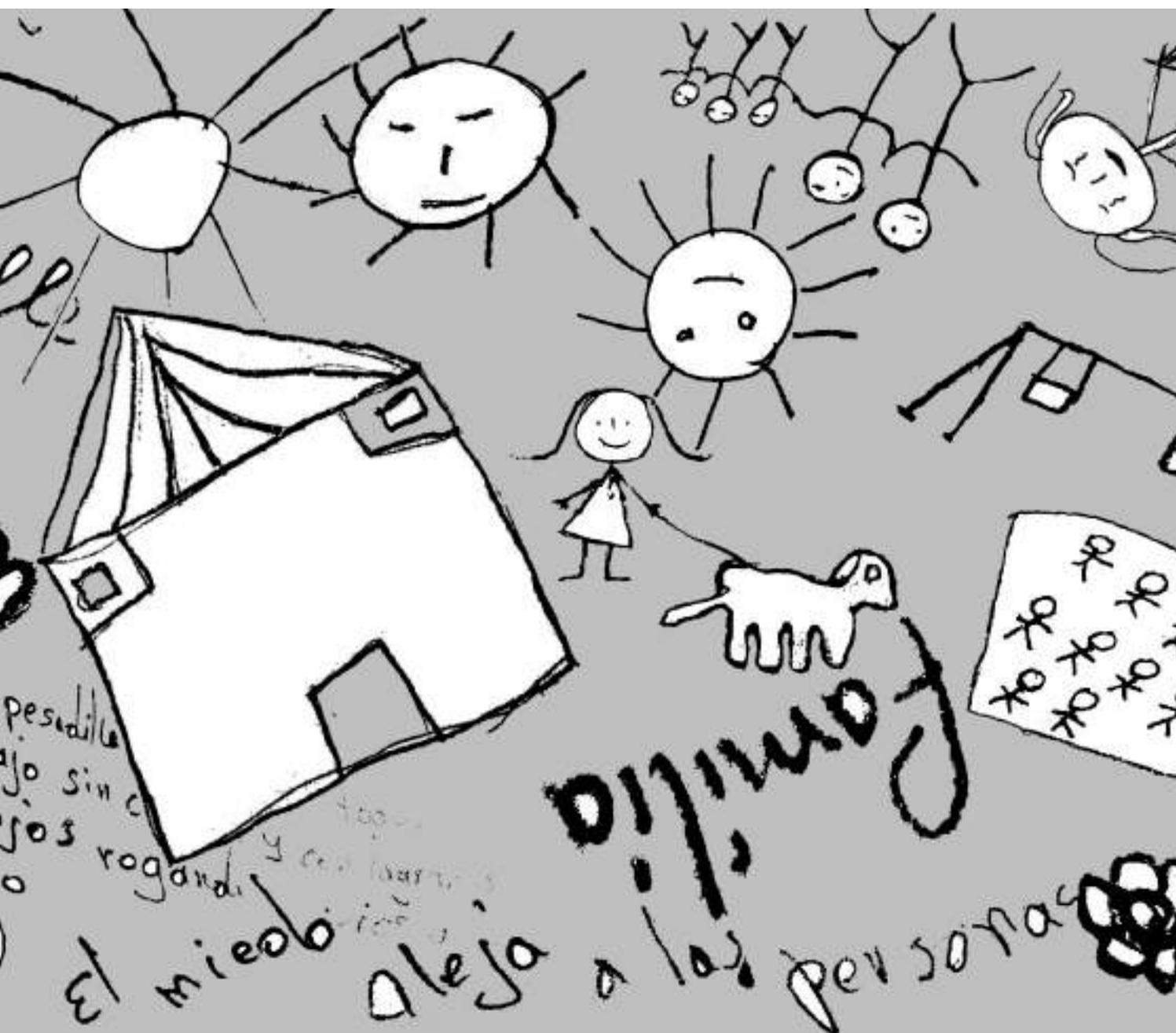
Dibujando.nos. Autoras: Verónica Villalobos, Pilar Quintana y Paola Narvaez. Diseño de imagen: paO viteri.dávila. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.

¿Después de la pandemia, hay amor?

Sí hay amor, porque uno se siente bien al ver a la familia, a los que no murieron. Después de la pandemia, se nos llenó el corazón de mucho amor y alegría y ahora estamos mucho más atentos a nuestros hijos.

Nos vamos al parque a dar un paseo, felices, al campo para tomar aire puro, como antes, y cenar en familia y con amigos. Lo único que queremos es salir a disfrutar de todos los placeres de la vida y estamos felices de que exista la vacuna para todos. Hay comprensión, amor, felicidad, armonía el uno con el otro y con todas las amistades.

Una compañera cree que, en este tiempo de pandemia, el pasar tiempo en felicidad les permitió notar cosas que pasaban con sus hijos y su esposo. El esposo perdió su trabajo y les afectó mucho. Discutían todo el tiempo. Pero cuando se dieron cuenta de que su hijo tenía problemas de aprendizaje, por el amor hacia él, comenzaron a conversar más, sin discutir. Ellos encontraron una manera de conseguir dinero y de pagar las consultas de su hijo. Creen que este tiempo de pandemia es difícil pero, que si hay amor, se sale adelante.



Hilo del laberinto sin fin

Rosa Guallan

Yo soy...

Soy mujer indígena, comerciante ambulante, hasta que, hace unos años, empezó a crecer un tumor en mi garganta y a desaparecer mi voz.

Tengo dos hijas por las que lucho a diario y doy mi vida.

Me diagnosticaron cáncer de tiroides en diciembre de 2016.

CUATRO AÑOS EN UN LABERINTO SIN SALIDA

Los centros de salud me mandaban de un lado al otro, examen tras examen, con meses de silencio, a veces con demoras de hasta cuatro a seis meses para darme respuesta.

No me daban la referencia necesaria para recibir atención en el hospital público.

*Recuerdo cuando finalmente me dieron el pase al Eugenio Espejo, fue el día 11 de enero de 2019.
Creía que por fin iba poder encontrar tratamiento...*

PARALELISMOS

En el hospital, me repitieron todos los exámenes, que, según ellos, eran necesarios para poder hacerme la cirugía que necesitaba.

Se demoraron otro año.

En enero de 2020, finalmente me notificaron que ya podían operarme.

Pero pocos meses después llegó la pandemia.

Todo se detuvo, pero mi cáncer no.

Por mi enfermedad ya no tenía trabajo, y durante la pandemia, no tuvimos qué comer. Mi hermano se iba a Riobamba y traía los pocos alimentos que podían mandar mis padres.

Sufrimos mucho, lloraba al ver a mis hijas llorar y no podía dormir de tanta preocupación.

LA FUGA SISTÉMICA

No tenía fuerzas porque estuve preocupada por mi operación ya que tocaba esperar. En los hospitales no estaban haciendo cirugías porque estaban atendiendo a pacientes con covid. Me cogió estrés y tenía mucho dolor de cabeza, no me daba ni sueño.

Tenía el tumor que iba creciendo y creciendo. “Se está regando por toda su garganta”, me decían los médicos, pero no hacían nada.



Para Rosa. Autora: Rosa Guallan. Diseño de imagen: Belén Santillán. La Casa de las Mujeres, Quito, 2021.

A mi hermana María, a quien también le diagnosticaron cáncer de las tiroides un tiempo después de mí, la operaron en el mismo hospital. A mí me tuvieron esperando.

Me preocupaba mucho el cáncer, me repetían los médicos que necesitaban hacerme la cirugía lo antes posible pero no me operaban.

A mediados del año 2020, el doctor que me atendía se fue de repente. Me tocó empezar de nuevo con todos los exámenes y revisiones, con un nuevo doctor.

Otro año más me pasé esperando.

LA LAVADA (ERRADA) DE MANOS

En febrero de 2021, de un día para el otro, me dijeron que me prepare para mi cirugía.

En quirófano, vestida ya para la operación, el médico me dijo: “No podemos operarla”.

“Necesita quimioterapia”, me dice, “el tumor está muy grande, muy cerca de las venas, se puede morir. Yo no le voy a operar”.

Esta vez no podía hablar, no por el tumor, si no por tanta espera, tantas idas y vueltas, tanto camino por seguir.

DEL LABERINTO A LA INCÓGNITA

Un mes después, en marzo de 2021, otro médico me vio.

“Queremos salvar tu vida y hacer la cirugía”, me dice, “pero estás en alto riesgo, puedes quedarte en coma, puedes quedarte sin voz, puedes quedarte con un tubo en la garganta por el resto de tu vida. Es tu decisión”.

Entré a la cirugía a las nueve de la mañana y salí a las siete de la noche. Mi hermana María estuvo conmigo todo el tiempo.

Aun no tengo resultados claros, tengo que seguir haciéndome exámenes, ecografías, imágenes y más imágenes....

Todavía sigo luchando, mis hijas me necesitan, viéndolas a ellas me pongo fuerte. Yo me levanto y pido siempre ánimo y fuerza para seguir adelante.

Necesito saber qué sigue en mi cuerpo.

Con mi hermana María nos cuidamos, somos un lazo inseparable, ella siempre ha estado ahí y yo siempre he estado con ella.

Nombrar juntas lo evasivo: sistema de salud, fuerza pública, y sistema carcelario como racismos de Estado

Re-existencias Cimarrunas

Nancy Burneo Salazar

San Roque; o venir de una familia donde todas las mujeres han tenido hijos antes de los 18 años, la mayoría incluso antes de los 16, y donde haber cuidado de otros niños, fue siempre lo normal.

La pregunta ¿dónde empieza mi historia? nos llevó más atrás en el tiempo, a las experiencias de las madres y abuelas y a sus lugares de origen. Hurgando un poco más, pudimos poner luz en la discriminación, despojo territorial y empobrecimiento, razones por las que mujeres afrodescendientes, muchas de ellas madres con parejas ausentes, han migrado a Quito u otras ciudades; o por los que familias indígenas han salido, igualmente, del campo a la ciudad.

Hurgar más atrás, abordando dentro de ello las relaciones con quienes nos rodean, como la propia familia o, de otro lado, las relaciones imposibles -la gente con la que nunca nos cruzaríamos en los circuitos de nuestras vidas-, nos llevó a otros aspectos del racismo, a lo que a veces se conoce como auto racismo, discutiéndolo, no desde el enfoque de quienes ostentan el poder, sino más bien como una consecuencia, quizá la peor de todas, de la capacidad de alguien más para decidir quiénes o cómo supuestamente somos, o el poder para *representar* de otros. Nos permitió también reflexionar de una forma menos segmentada, que cuestionó las mismas ideas, quizá de clase media, de quienes acompañamos. En este sentido, algunas compañeras definieron el mestizaje, no como mezcla, sino como la amalgama donde afloran varias identidades a la vez.

Junto con la historia, mirar a los espacios específicos donde transcurren nuestras vidas, como una estrategia para aterrizar el tema y ver cómo opera el racismo en el día a día, ayudó a hacer visible que, en lugares como el mercado de San Roque, por ejemplo, el acoso de la policía es una forma de racismo laboral, tan normalizado y aprobado que la mayor parte de la población parece decir tácitamente “está bien controlar a la gente como la que trabaja allí”.

Anclarse en los espacios también abrió la reflexión de la calle y la cárcel como ese *continuum* que separa a la población racializada y, por tanto, discriminada y empobrecida, de la gente bien; un *continuum* cruel que provoca que, incluso una niña negra nacida en la cárcel pueda estar años sin preguntarse por el mundo exterior.

Violencia obstétrica a madres adolescentes de bajos recursos y racializadas

Yolanda Martínez

Soy madre adolescente. Tuve mi bebé a los dieciséis años y medio. En los hospitales públicos sufrí maltrato, así como lo han sufrido otras madres en mi misma condición. Nos agreden verbal y psicológicamente a pesar de que no conocemos qué significa ni cómo será traer un bebé al mundo. Mi pregunta central es ¿por qué pasa esto en los hospitales públicos?

Durante todo un día y una noche mi bebé no se movía. Entré a la maternidad por emergencias. Había muchas madres adolescentes; unas lloraban, otras tenían dolores. Esperaban, pero no les hacían pasar.

Cuando yo pasé, me dijeron que necesitaba una cesárea urgente porque mi bebé estaba muerto. Me alteré mucho y pedí que me hagan un eco antes de hacerme la cesárea. En vez de eso, los doctores me gritaron. Me dijeron que todo era mi culpa por quedar embarazada a tan temprana edad. Que yo no sabía el riesgo que eso implicaba. Mi esposo me llevó a hacerme un eco para comprobar lo que los doctores decían. Según el eco, mi bebé estaba vivo. Lo que me dijeron los doctores no había sido cierto.



Foto familiar. Archivo personal de Yolanda Martínez. Quito, 2021.

En otro chequeo, me dijeron que mi bebé estaba bajo de peso, que posiblemente nacería con anemia. Me volvieron a decir que era mi culpa por haber decidido tener un hijo. Me mandaron hierro. Al menos la chica de la farmacia me tranquilizó. Me dijo que algunos doctores eran así.

Había muchas chicas en la misma situación. A ellas también les gritaban. Los doctores les decían que ellas

eligieron esto. Les ponían nerviosas, a pesar de que ellas pedían que les enseñen lo qué debían hacer. Solo pedían ayuda para dar a luz.

A la hora de traer a mi bebé al mundo, tenía muchas contracciones y dolor. No aguantaba. Comencé a sangrar. Les pregunté a los doctores por qué. No respondieron. Mi mamá me dijo que era normal, que el bebé ya venía. Finalmente, mi bebé nació. Estuvo con oxígeno dos horas. Los doctores me dijeron que yo no había empujado y que por eso mi bebé había tomado agua de fuente. Era lo contrario, ellos no me ayudaron.

Trato de responder mi propia pregunta y solo puedo pensar que a los doctores les da mucho coraje ver a tantas jóvenes embarazadas que ni siquiera pueden terminar sus estudios. Pero ya embarazadas, corremos un riesgo alto de sufrir complicaciones. Que nos culpen a nosotras no mejora para nada nuestra situación. Además, ¿por qué culparnos de principio a nosotras como mujeres? Tal vez sea ese el principal problema. Lo peor es cuando dan por hecho que por ser pobres, indígenas o negras, aguantamos nomás.



Foto familiar. Archivo personal de Yolanda Martínez. Quito, 2021.

Estas malas experiencias me llevaron a investigar qué leyes nos protegen. Encontré que a partir de un caso de 2011, en el que una mujer fue desatendida y maltratada en pleno parto en un hospital público de Machala, la Corte Constitucional dispuso al Ministerio de Salud y al IESS que elaboraran una guía de atención a embarazadas y de prevención de la violencia obstétrica. Se debe controlar que esto se cumpla.

Violencia racista a vendedoras ambulantes

Mayra Tobar

Cuando yo era niña, mi mamá, nacida en el sector de La Libertad, madrugaba para ir al mercado de San Roque y vender vegetales. Mi papá, también de La Libertad, era obrero de construcción. Luchaban por no hacernos faltar el pan del día. Yo los acompañaba. Mis padres eran bien exigentes y yo me hice comedida. La primera vez que vendí algo sola, porque mi madre se encontraba enferma, tenía once años.

Mi mamá también aprendió a vender cuando mi abuela se enfermó. Mi abuela es de Mulalillo, Ambato. Allí, ella y mi abuelo pastaban borregos y cuidaban vacas. Mi abuela dice que es mestiza porque todos somos lo mismo: longos y negros. “Que me voy a creer la gringa si yo también soy longa”. Ser mestiza para ella, es tener de todo.

Cuando llegó acá, se instaló en La Libertad, y con su esposo, mi abuelo, se dedicaron a vender fundas de papel. Desde entonces, mi familia ha vivido y trabajado en los alrededores del Tejar y San Roque.

Mi madre nos decía a mi hermana y a mí que aprovecháramos el estudio. Nosotras, por mala cabeza, no lo hicimos. Estábamos en la escuela Rosa Zárate, pero en vez de ir a clases, nos gustaba salir a jugar en el parque. Con el tiempo, mi mamá aceptó esta situación y dijo “vean entonces cómo se trabaja para llevar un pan a la casa”. Nos llevó a vender. Nos prestaba veinte dólares y teníamos que devolverle con las ventas. A veces quedaban dos dólares de ganancia y nos decía “así se aprende a ganar la plata”. Había días que no se tenía para la mercadería, pero dando gracias a Dios, los señores mayoristas le prestaban la carga a mi mamá para que les pague luego.

Hasta hoy, mi trabajo se desarrolla en todo el mercado de San Roque, un lugar que ha estado ahí toda mi vida y donde después he podido generar los recursos para mantener a mis hijos, como mi mamá nos mantuvo a mí y a mis hermanos y hermanas.

El mercado de San Roque abarca una manzana y está rodeado por las calles 24 de Mayo, Cumandá, Loja y Mariscal. En el primer nivel hay un pasillo en forma de “L”. En la parte más corta se vende limón, zapallo y ají costeño. La mayoría de los comerciantes son de la Costa. En la parte más larga hay carbón, toda clase de papas (chola, blanca, Gabriela, chaucha), cebolla paiteña, cebolla perla, cebolla blanca y tomate. En esta sección hay gente de Quito, Machachi, Ambato, y de varias partes de la provincia de Imbabura.

En el segundo nivel hay una plataforma bien amplia, con víveres y conservas de primera necesidad: arroz, harina, granos, fideo, sal, azúcar, aliños, atún, sardina, entre otros. También hay puestos de plásticos surtidos. En el tercer nivel hay una plataforma un poco más pequeña, con un patio donde se hacen comidas de varias regiones del Ecuador. Aquí trabaja gente venida de todas las provincias del país y personas de otras nacionalidades. En el cuarto nivel, la plataforma se divide en dos partes: en la primera hay aguacates de Ibarra o Guayllabamba, y en la segunda, canastas y otras artesanías.

También está el sótano, como lo llaman, donde hay hortalizas, verduras y frutas a bajos precios. En el sexto nivel están las hierbas medicinales y los remedios naturales, ajo, culantro, perejil, nabo chino y hojas para quimbolitos. La sección de al lado tiene carne de res, pollo, menudencia, carne de chanco, patas de res, patas de chanco, chuletas, carne molida, embutidos y vísceras. En el séptimo nivel hay granos: habas, fréjol, arveja, garbanzo...

Todo este universo, con toda la gente detrás de esta producción y comercialización, con las generaciones de familias que se van pasando el oficio de padres y madres a hijos e hijas, a veces se percibe únicamente como un lugar de delincuencia. Y a nosotras, como alcahuetas de esa delincuencia, solo por estar en el mismo espacio donde sucede el expendio de droga.

Pero hay que decir que San Roque es mucho más que eso. Está lleno de gente trabajadora y humilde. Madrugamos mucho. A la una de la mañana hay que descargar camiones, coger venta y hasta cocinar ahí mismo. Todo con el fin de sustentar a nuestra familia, pagar los servicios básicos o las deudas. También para poder darles el estudio a nuestros hijos. Así, mañana tendrán su título de bachiller y no pasarán por lo mismo que hemos pasado sus padres.

Respecto a la delincuencia, somos lo contrario de alcahuetas. Cuando hace tiempo teníamos nuestros puestos, nos parábamos juntas para hacerle frente a la delincuencia. Cuando nos quitaron esos puestos, todo empeoró.

Ya de niña me di cuenta de que, en San Roque, la policía maltrataba y abusaba de su autoridad. La primera vez, fue cuando nos hicieron levantar la mercadería a golpes. Las cosas no han cambiado. Hasta ahora nos golpean o nos lanzan gas lacrimógeno si quieren que nos vayamos. La única forma que tenemos nosotras para poder defendernos es lanzándoles vegetales.

La presencia de la policía durante nuestro trabajo y el acoso que vivimos durante décadas, es racismo laboral. Me pregunto si harían lo mismo en otros lugares. Veo que pasa ante la mirada de todo el mundo, pero todos fingen ser ciegos, sordos y mudos. Nadie se atreve a decir nada. ¿Será por miedo a la represión por parte de las autoridades, que solo se acercan en época de campaña para ofrecernos mejorar nuestra calidad de trabajo y de vida? ¿Será porque piensan que es necesario controlar a la gente como nosotros?



Mercado San Roque. Foto: Luis Herrera. Quito.

Racismo en las cárceles del Ecuador

Soledad Santillán

En mi familia política existen personas de varias generaciones que han ido a la cárcel. Eso ha hecho que me inquiete que en Ecuador exista tanta discriminación hacia reclusos y excarcelados. Por eso, hablé con algunos de ellos y recogí sus testimonios en base a mis inquietudes, pensando también en su clase social y lo que llamamos su “raza”.

Primero diré que, para mí, el racismo es un tipo de discriminación que intenta inferiorizar y aislar. Cuando una persona es víctima de racismo, es fácil que sea detenida y encarcelada en condiciones que denigran su dignidad humana.

Las principales problemáticas en las cárceles son, justamente, esta violación de los derechos humanos de las personas reclusas y la corrupción del sistema penitenciario que no permite que las cosas cambien.

Pero ¿dónde empieza esto? ¿Empieza en la cárcel? Si veo el caso de mi familia política, me doy cuenta de que la mayoría son personas mestizas, de piel morena, de clase popular, algunas relacionadas con la calle, sea por diversión, donde se encuentran con otras personas que roban o trafican droga, sea por trabajo, para ventas ambulantes, por ejemplo.

En esa calle, para poder sobrevivir, hay que “ser respetado”, y a veces eso significa que te tengan miedo. Aunque lo primero en lo que pienso es en lo ilógico que resulta vivir así, me doy cuenta de que la sociedad también es culpable, porque discrimina y no ofrece oportunidades. Discrimina a la gente por cómo se ve, sin darle la oportunidad de trabajar, y cuando por esa falta de oportunidades entra a prisión, la discrimina más. Entonces, de alguna forma tienen que ganarse el respeto.

Es un círculo vicioso donde, primero, no hay ninguna expectativa positiva sobre la persona que termina delinquiendo y entrando en prisión. Y cuando ésta sale, no tiene oportunidad de reinserción, de surgir de nuevo como persona. Nadie apuesta por su cambio. Nadie confía en ella. Se da por hecho que será un delincuente toda su vida.

También cabe mencionar que no todos los presos que salen de prisión tienen un lugar a donde ir. Muchos de ellos vuelven a la calle y tienen que mendigar. De ahí, es fácil incurrir en las mismas malas acciones que hicieron que ingrese a la cárcel.

Uno de mis familiares era constantemente insultado en la cárcel, y él no lo consideraba como violencia. La calle y la cárcel se parecen. Si se ha crecido en un ambiente en donde los insultos han sido parte de la vida diaria, la violencia en la cárcel será percibida como algo normal por los mismos reclusos.

Es una contradicción hablar de rehabilitación cuando la gente en las cárceles es sometida a maltratos y torturas. Si son centros de rehabilitación, deberían poder estar tranquilos, recapacitando sobre sus errores para no volver a cometerlos, en vez de tener miedo incluso de morir.

Tal vez no se haya pensado lo suficiente en Ecuador acerca del racismo y la discriminación. Es un tema del cual nadie se preocupa, pero ¿cuántas personas de las que están en las cárceles vienen de estratos populares, de familias migrantes de otras provincias, de ascendencia indígena tal vez?, ¿cuántas de las personas en prisión son negras?, ¿cómo la cárcel y quienes están ahí pueden reflejar nuestra sociedad?

En mi país, la discriminación es muy notoria. Yo también la he vivido muchas veces, por el simple hecho de ser morena, por tener un color de piel oscura, por no tener dinero, por vestir diferente. A veces, el racismo no solo se da en las clases altas; existe racismo también en las clases bajas, y el gobierno de mi país es tan inconsciente, que no hace nada para atajar el problema.

Por esa razón, debemos formar un círculo de apoyo que ayude en la reintegración social de los excarcelados, en donde podamos hacerlos sentir que no están solos y que pueden tener otra oportunidad de hacer las cosas mejor. Son seres humanos.

Yo pienso que de esta manera, la sociedad podría escuchar y analizar cómo fue la vida de muchos de los excarcelados, las razones que les llevaron a delinquir, y comprender que muchos de ellos no tuvieron un ambiente familiar adecuado y que son personas que han recapitado y lo único que quieren es volver a ser felices y salir adelante.



En la puerta de la cárcel. Foto: Mujeres de Frente. Cárcel de Mujeres El Inca, Quito, 2006.

Viva Juliet Gamboa

Mi madre estuvo detenida dos veces en la cárcel del Inca, en total, alrededor de diez años. Cuando cayó presa la primera vez, a mis dos hermanos los mandaron a vivir en una fundación. Yo aún no nacía. Un día llevaron a mi madre a la cárcel de hombres. Allí conoció a alguien y se enamoró. Él mantuvo ese amor con cartas. Pasó el tiempo y mi madre salió embarazada de mí. Ella y mi padre no lo tuvieron tan difícil para salir adelante con un embarazo en la cárcel, porque dentro ambos trabajaban en lo que podían. El día del parto, a mi madre la llevaron a la maternidad, le hicieron una cesárea y después de unos días, nos llevaron de nuevo a la cárcel del Inca. Pasaron algunos meses y a mi madre le dijeron que en la cárcel había una guardería llamada *La Macarena*. Fue allí donde yo pasaría mi niñez. Conocí a una mujer que cuidaba de mí, la tía Gloria, quien me enseñó muchas cosas. Un recorrido iba y nos llevaba a los niños que vivíamos en la cárcel. Sólo salíamos a la guardería y otra vez para adentro. Los sábados y los domingos venían mis hermanos. A veces se quedaban a dormir, porque mi mamá tenía un cuarto sola; creo que ella era caporal. Fueron épocas bonitas, para qué decir que no. Jugaba con otros niños que se criaron como yo. Cuando estaba en la cárcel, la calle nunca existió. Lo duro para mí fue salir de ahí.



Esta soy yo de bebé, cuando vivía en la cárcel del Inca. Las demás son mi mamá y sus amigas. Archivo personal de Juliet Gamboa. Cárcel de mujeres El Inca, 2004.

Cuando cumplí cuatro años, nos hicieron saber que ya no podía estar junto a mi madre. Como a mi padre ya le faltaban pocos meses para salir, mi madre optó por mandarme donde mi tío, para que mi padre me buscara luego donde él. Pero en esa familia me pegaban. Yo les tenía miedo y, ese miedo, lo transmitía orinándome en la cama, por lo que me pegaban aún más. Mi papá salió y se instaló en La Colmena. Ahí me llevó a vivir con él.

Mi madre salió porque le rebajaron la condena. Hasta que por fin pude estar con mi mamita y, mejor aún, también con mi papá y mis hermanos por parte de mamá. Para ese entonces, yo tenía cuatro o cinco años.

Cuando tenía más o menos diez años, mi madre regresó a la cárcel. En principio me quedé con mi papá. Un día, unos familiares me llevaron a Colombia. Mi papá se quedó en Quito, y mientras yo estaba allá, fue asesinado. Él era colombiano y tenía un conflicto pendiente, quizá con la guerrilla. Había sido paramilitar.

Mi madre pidió permiso para que yo estuviera con ella. Aceptaron. Estuve ahí unos cuatro meses. Luego hicieron problema en plena noche. Una guía decía que me iba a sacar. Todas las mujeres gritaban “¡No es justo!”. Mi madre me encerró en su celda y trató de impedir que entraran, pero fue inevitable. Me tuvo que mandar a Esmeraldas con una tía.

En Esmeraldas yo lloraba porque sentía que mi mami me estaba abandonando. Yo quería quedarme con ella. No me acostumbraba. Y en realidad, me estaba cuidando sola. Vivíamos en Chafalú. Yo me levantaba a las cinco de la mañana para cargar agua.

La primera vez que mi madre estuvo en la cárcel fue porque, trabajando en una casa en Quito, le acusaron de robar algo. La segunda vez, los cargos fueron distintos, por tráfico de drogas. Quería salir y que todo fuera distinto, pero ya habían matado a mi papá.

Mi historia no es igual que la de muchos niños o niñas. Por eso ahora me he preguntado ¿dónde comienza mi historia?, ¿comienza en la cárcel del Inca, donde prácticamente nací?, ¿o comienza más atrás en el tiempo?

Mi mamá es de Río Verde. En su familia hay siete hijos. Mi abuelo falleció cuando mi mamá era jovencita. Ella, sus hermanos y hermanas se quedaron al cuidado de una tía. La madre de mi mamá era alcohólica, pero además racista. Sí, mi abuela también es negra como mi mamá y como yo, pero desprecia a los negros, así fueran sus propios hijos e hijas o nietos y nietas.

Mi mamá, con dos hijos y embarazada de un tercero, no sabía qué hacer y decidió trabajar. Vino a Quito con una hermana, la cuarta hija de mi abuela. A partir de ese momento, perdimos toda relación con Esmeraldas. Quizás, la última vez que fui allá fue en el 2014, y tan solo de visita con mi mamá.

Aunque la pregunta me sirva y me ayude a pensar en mi vida, es difícil responder de dónde viene mi historia. He pensado mucho acerca del porqué mi abuela era tan racista, pero nunca llegué a conocerla bien. En una reunión familiar, en Guayaquil, sentía que me miraba con odio. Y mi madre me cuenta historias; cuando nació mi hermano ella dijo “Deja ver a tu hijo... ¡Ese negro que nunca me vaya a decir abuela!”. Según mi madre, desde entonces, su vida fue un caos.

En medio de ese caos, mi madre ha perdido un hijo y una hija; los dos quemados en circunstancias extrañas. A su hijo después de ser robado, y a su hija en un accidente. Esas tragedias, sumadas a las demás, me llevan a una segunda pregunta: ¿Nos hubiera pasado si no fuéramos negras?, ¿hubiera sido la cárcel un lugar más seguro para mí que la calle, si tuviera otro color de piel?



Este es el único juguete que guardé del tiempo en el Inca. Ha sobrevivido a robos y cambios de casa. Archivo personal de Juliet Gamboa. Cárcel de mujeres El Inca, 2004.

C R É D I T O S

Coordinación general

Typhaine Léon y Andrea Aguirre, asamblea de gestión de Mujeres de Frente.

Equipos de coordinación de talleres de co-investigación y escritura entre marzo y agosto de 2021

En orden de aparición: Colectivo Desde el Margen; Andrea Aguirre, Typhaine Léon y Lisset Coba de Mujeres de Frente; Emily W. Salamea y Xavier Maldonado de Alames; Camila Muñoz, Ro Ortega Vásquez, Ximena Cabrera y Diana Barragán de Sonidos de la Memoria; Nancy Bueno Salazar de Re-existencias Cimarrunas.

Edición

Ramón Gálvez Natalías, Nancy Carrión y Typhaine Léon.

Coordinación de arte y diseño

Typhaine Léon y Andrea Zambrano Rojas.

Fotografía e ilustración

En orden de aparición en la revista: Alisson Cadena, Gissela Iza, Tránsito Casnanzuela, Antonela Iza, Jessica Tonato, paO viteri.dávila, María Guamán, Paulina Murillo, Marisol Zambrano, Heidi Mieles, Belén Santillán, Andrea Zambrano Rojas, @violetatrip, Diana Barragán, Tania Simba, Rosa Guallan, Verónica Villalovos, Xavier Maldonado, Pilar Quintana, Paola Narvaez, Yolanda Martínez, Luis Herrera R. Cooperativa Audiovisual CoopD, Mujeres de Frente, Juliet Gamboa.

Portada

Angie Vanessita

Diagramación

Eduardo Llumipanta y Mauricio Defas.

Impresión

Centro de artes gráficas - El fuego y la palabra.

Mujeres de Frente



Con el apoyo de



Esta publicación es financiada con recursos de la FRL con fondos del BMZ (Ministerio Federal para la Cooperación y el Desarrollo Económico de la República Federal de Alemania). Esta publicación o algunas secciones de ella pueden ser utilizadas por otros de manera gratuita, siempre y cuando se proporcione una referencia apropiada de la publicación original.

El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva la Fundación Rururbana y no refleja necesariamente la postura de la FRL.



CREATIVE COMMONS

 *Mujeres de Frente* 

<https://mujeresdefrente.org/>
colectivo@mujeresdefrente.org